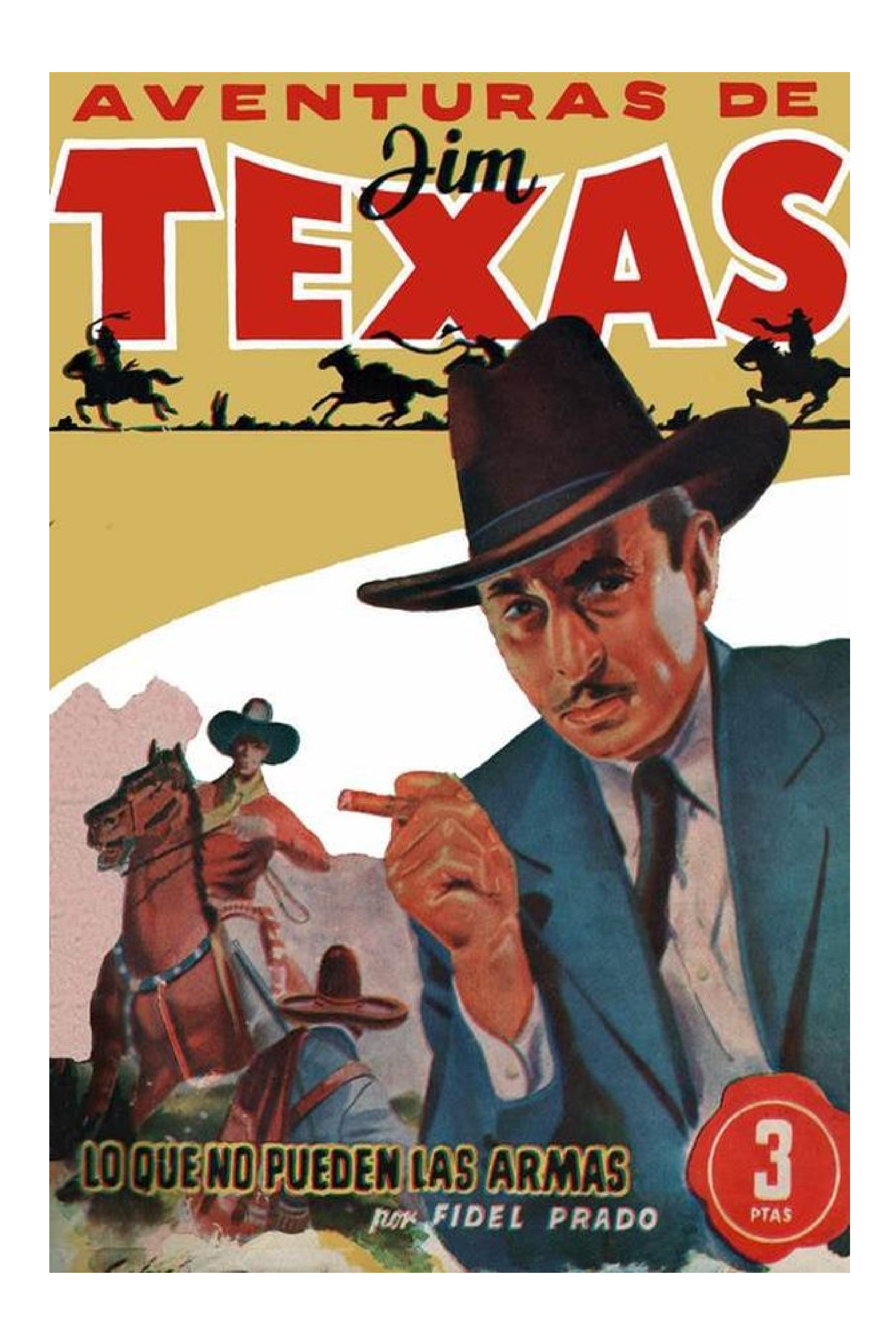

AVENTURAS DE
Jim
TEXAS
LO QUE NO PUEDEN LAS ARMAS
por FIDEL PRADO
3
PTAS

Aventuras de
JIM TEXAS

por

FIDEL PRADO

IMPRESO EN
GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA


Lo
QUE NO PUEDEN
LAS ARMAS

Capítulo Primero

Un personaje en peligro

GREGORY Harnold, representante del Estado de Virginia en el Congreso de Washington, acababa de arrojarse del lecho y se dedicaba concienzudamente a la reconstructiva tarea de rasurarse. Harnold era un tipo de unos cuarenta y ocho años —quizá cincuenta—, ancho de hombros, grande y pesado de cuerpo, corto de brazos, pero con manos de plantígrado. Poseía un rostro ancho, colorado, demasiado sanguíneo, pómulos salientes, labios algo abultados, ojos negros y brillantes, que relampagueaban fieramente cuando se exaltaba en sus satíricos discursos del Parlamento. En conjunto, aunque era pesado como un elefante, poseía agilidad y ligereza, y, en medio de sus ademanes un poco torpes, se adivinaba que en momentos decisivos era un hombre dinámico, vehemente y rápido para sus acciones.

Presumía de hombre guapo, aunque solamente era atractivo por su charla cáustica y animada y por su sonrisa, que sabía administrar muy bien, y no se avenía con que el inapelable paso de los años intentase formar bolsas en sus ojos o pintar canas indiscretas en su fino y sedoso bigote o en sus aladares.

Por ello, todas las mañanas perdía hora y media en su tocador,

frente a la biselada luna del espejo, rasurándose su rojiza piel, suavizándola con cremas especiales, revisando cuidadosamente las hebras de su mostacho y las finas patillas que casi le llegaban al lóbulo de la oreja, y solamente cuando había cumplido este rito, luchando contra reloj con el tiempo, se consideraba tranquilo y en condiciones de preocuparse de otros menesteres menos importantes para su vida.

Aquel día no parecía muy satisfecho de la existencia. Había dormido poco y mal, a causa de algunos graves problemas que pretendían complicar su feliz existencia, siendo uno de ellos la irritabilidad de cierta dama llamada Belle, mujer que hacía honor a su nombre por lo atractiva, pero que poseía ciertas exigencias que a Harnold parecían enfurecerle.

El flamante diputado por Virginia se hubiese deshecho a gusto de ella, como se había deshecho de otras tan atractivas o más que Belle, si ésta, de un temple demasiado belicoso, no le hubiese cantado ciertas amenazas de publicidad y escándalo a las que Harnold tenía miedo, a causa del bochinche que hubiesen provocado. Un hombre de su condición social no podía servir de cebo a los periodistas de libelos, ansiosos de cazar noticias de escándalo para sus periódicos. No le convenía por su cargo y por algunas otras razones secretas que se había guardado muy bien de exteriorizar.

Pero Belle era una sanguijuela pegada a su piel y a su bolsillo, que no había medio de desprender. En cierta ocasión, la belicosa joven sufrió, al parecer, un accidente fortuito que estuvo a punto de costarle la vida, y en su suspicacia acusó a Harnold de haber pretendido eliminarla. Él negó, pero ella, demasiado avispada, le hizo una advertencia que no era para olvidar.

—Escucha, Gregory —le dijo—. Yo sé que estás deseando deshacerte de mí por todos los medios, y me parece que va a resultarte muy difícil. Esto del otro día no ha sido un accidente, sino un intento de asesinato, muy bien preparado, y no se repetirá más que por tu propia conveniencia. En mi caja fuerte del banco y en poder de mi notario, más en otro lugar que no tengo por qué descubrirte, hay en cada uno una copia de un documento que, si yo muero de muerte que pueda ser sospechosa, será entregado a la policía para que lo estudie. Espero que este aviso te corte los deseos

de aligerar mi vida y te resignes a seguir aguantándome, ya que tú te obstinaste en unirme al carro de tu frívola existencia. Eres un ruin y un miserable. Explotas sin compasión a los infelices negros de Virginia, robas a mansalva al Estado con tus suministros de algodón y con el tabaco que tus esclavos recogen; posees negocios bastante sucios, aunque te escondes, para explotarlos, detrás de unos miserables testaferros; y, a pesar de todo eso, lloras como un chiquillo cuando tienes que soltar un solo dólar. Si crees que las mujeres van a quererte por tu figura de oso y tus afeites, te equivocas. Yo te conozco a fondo y sé del pie que cojeas. Por lo tanto, resígnate, aumenta mi subvención en mil dólares todos los meses, y si te fastidia mí presencia, no vengas a verme más que de vez en vez, pero mándame el dinero con puntualidad y cuida de mi preciosa salud, que te conviene.

Fué inútil que él, dominando su sanguíneo temperamento, tratase de convencer a Belle de que todo eran suspicacias suyas. La joven no se dio por convencida, y Harnold tuvo que retirarse a su domicilio mascullando maldiciones y ponderando su impotencia.

Éste era uno de los motivos de su malhumor; sobre él, había unas noticias confidenciales recibidas de Virginia que amenazaban tormenta en el horizonte de sus negocios privados, y, por último, se sabía víctima de una cruzada en el Parlamento, pues varias campañas políticas que se había visto obligado a emprender en defensa de determinados electores de su representación le estaban señalando como protector de los esclavistas encubiertos, cosa que le enfurecía, pero que no había podido evitar.

Para vengarse, estaba preparando un discurso terrible contra el Gobierno a propósito de la retirada de fondos del Banco de Filadelfia.

Acababa de darse los últimos toques a su fino bigote, cuando un ceremonioso criado se presentó portando una bandeja de plata, en la que se destacaba la albura de una cartulina. Harnold frunció el entrecejo al observar la tarjeta y la tomó con desgana.

En la blanca cartulina se destacaba un nombre y una profesión:



De la Universidad VIRGINIA

Harnold estuvo tentado de mandarle a paseo. Le importaba un bledo la Filosofía y los catedráticos, pero pertenecía a Virginia, donde había sido elegido representante, y no podía desdeñar a semejantes electores, que le habían encumbrado.

De pésima gana ordenó al criado:

—Hazle pasar a mi despacho.

Cuando el criado desapareció, se embutió en un precioso batín de seda, encendió un magnífico puro y se dirigió al despacho, resignado a oír alguna absurda petición de los filósofos de su distrito y a deshacerse del inoportuno visitante de la manera más rápida posible.

Cuando penetró en el despacho se enfrentó con un individuo de estatura media, ancho y fuerte, demasiado viril para su aspecto un poco caduco a juzgar por la larga barba canosa que colgaba de su rostro hasta casi tocarle el pecho, su amplio bigote también plateado y cabellera que parecía una revuelta peluca de pelo corto y recio, y sus gafas azuladas, que impedían distinguir los ojos que se ocultaban tras los discretos cristales.

El visitante, con voz un poco ronca, preguntó:

—¿Es al señor Gregory Harnold al que tengo el gusto de saludar en persona?

—En efecto, señor. Soy Gregory Harnold.

—En ese caso, traigo algo interesante para usted.

Se aseguró de que la puerta estaba bien cerrada y de que nadie podía asistir a la entrevista, y, abriendo la gruesa tapa de su reloj de oro, extrajo de ella un pequeño disco, que entregó en silencio al diputado. Éste, apenas lo vio, sintió un hondo estremecimiento, y preguntó vivamente:

—¿Qué sucede en Virginia para que haya tenido usted necesidad de acudir en persona a mí?

—Muchas cosas y muy graves, señor. Usted lo comprenderá desde el momento en que me he visto obligado a apelar a un procedimiento extremo que nos está prohibido, salvo en casos excepcionales. Le ruego me indique si es éste lugar a propósito para

poder hablar.

—Lo es. Hable lo que sea —repuso, inquieto, Harnold.

—Pues me explicaré lo más brevemente posible. Me llamo Jackie Lane, soy uno de los siete jefes de la secta de Virginia, y en este momento el único superviviente de los siete.

El diputado dio un respingo, y, avanzando hacia él con ojos fulgurantes, bramó:

—¿Quiere usted decir que han muerto los otros seis?

—Quiero decir que han sido asesinados vilmente hace cuarenta y ocho horas, y que si yo tuve la suerte de salvarme fue por un puro incidente. Esto, con ser grave, no lo sería tanto si no tuviese la plena convicción de que en estos momentos está usted abocado a ser señalado al poder público como el jefe supremo de la secta de «El Ku-Klux-Klan».

Harnold sufrió una brusca transformación. Su rostro apimentonado se tornó verde rabioso, luego ceniciento, poco después blanco y de nuevo volvió a adquirir su tono rojizo, pero con una presión arterial de sangre tan violenta, que parecía que le iba a estallar de un momento a otro.

Durante un par de minutos no se sintió con ánimos para hablar. La garganta se le había quedado más seca que un cactos y los ojos le bailaban en las órbitas como si asustados pretendiesen escapar de ellas.

Por fin, realizando un supremo esfuerzo, rugió:

—¿Qué dice usted? ¡Repita eso!

—¿Para qué, señor, si me ha entendido perfectamente?

La frialdad de su visitante pareció aplacarle, y, tratando de no dejarse llevar de los nervios, exclamó:

—¿Quiere hacer el favor de explicarse?

—Eso es lo que intento. La situación es grave, pero no la juzgo desesperada si se actúa con rapidez para conjurar el peligro. He apelado a todos los medios imaginables para llegar aquí sin perder minuto, y sospecho que usted tratará de hacer lo propio, en su beneficio y en el de todos.

»Como usted no ignora, estamos sufriendo la persecución más tenaz e inteligente que se nos ha hecho desde el fin de la guerra por cuenta de ese audaz aventurero llamado Jim Texas, ayudado con todos sus medios por el Gobierno. Texas, al que desgraciadamente

conozco muy bien, no es un ser vulgar. Es el hombre más frío, más sereno, más audaz y acometedor que he conocido. Nos dio un golpe tremendo en Richmond, y no hace mucho, merced a mi modesta habilidad, le tuvimos encerrado en una trampa en nuestra cueva de Virginia, y se escurrió de las manos de un millar de sectarios debido a que yo caí de un tiro en el pecho y los demás no se mostraron lo hábiles que era preciso para acabar con él y con los dos elementos que le secundan.

»Allí caí yo y murió uno de mis compañeros de jefatura, y cuando se organizó la campaña para acorralarles y no permitir que burlasen el cerco de hierro que les rodeaba, llevaron su audacia a tales límites, que más que hechos reales parecen cosas de fantasía.

«Mientras yo permanecía impotente en el lecho, curando mi peligrosa herida, mis compañeros se preocuparon de organizar la campaña de persecución, pero, ignoro cómo pudo suceder, que se evadieron de las mallas del cerco y consiguieron descubrir quiénes eran los jefes de Virginia.

»Y hace unas noches, en cuestión de dos horas, ahorcaron a Jack Ogden, el *sheriff*, a Peter Taylor, el juez, a los ganaderos Dick Speerman y Émest York, y remataron de un tiro al tabaquero Samuel Allen.

«Cuando casualmente me enteré de sus andanzas y del peligro que se cernía sobre todos, abandoné el lecho, recluté gente, me puse a la cabeza de ella y les perseguí con saña. Estábamos a punto de cercarlos, cuando un hecho insólito nos los arrebató de las manos. Un tren que cruzaba a toda velocidad por el lugar de la lucha fue su salvación. Despreciando el peligro, se aferraron a los pasamanos de los vagones y, abandonando los caballos, subieron al tren, dejándonos burlados. Inmediatamente telegrafiamos a nuestros afiliados de la línea para que interviniesen el tren, pero cuando lo lograron habían desaparecido. De la misma forma que lo tomaron, desaparecieron de él y no hubo forma de localizarles.

»Hoy sabemos que se encuentran aquí protegidos por el secretario de Estado y dispuestos a actuar intentando el más efectista golpe de cuantos han dado.

Harnold, que parecía haber quedado más tranquilo con el relato, preguntó fríamente:

—¿En qué se funda usted para suponer que, aparte de tan

sensibles pérdidas, yo pueda estar en peligro y haber sido descubierta mi doble personalidad?

—Sencillamente en esto. Después de la huida de esos aventureros, procedí a verificar un registro en los domicilios de las víctimas. El juez Taylor, en su calidad de jefe de aquel sector, conservaba la lista de todos los jefes de la secta. La tenía escondida en un lugar secreto conocido solamente por nosotros, por si en algún momento sufría un accidente poderle substituir y hacernos cargo de sus funciones. Habiendo quedado tan sólo yo en Virginia, busqué la lista para dar cuenta del hecho y poder hacer la convocatoria y no pude encontrar dicha lista. Había desaparecido.

Harnold volvió a palidecer al oír a su subordinado. Aquella revelación era gravísima y un pánico que en vano trataba de disimular le estaba invadiendo.

Con voz temblona, preguntó:

—¿Está usted seguro? ¿Buscó usted bien?

—Seguro, señor. La lista había desaparecido y comprendiendo el terrible peligro que usted puede correr y la secta, me he apresurado a venir para informarle en persona y ponerme a su disposición por si se puede hacer algo para conjurar la catástrofe.

Harnold, avasallado por la noticia, perdió la serenidad así como la facultad de pensar, y medio gimió:

—¡Por el infierno! ¿Qué se puede hacer si ese chacal está en posesión de la lista?

—Algo se puede intentar. Quizá haya dado cuenta al gobierno de su descubrimiento. Esto es seguro y el gobierno se prepara para actuar. Hay que evitar que pueda tener algún hecho concreto en qué apoyarse para una acusación. Una simple lista no es suficiente para afirmar hechos concretos. Lo principal es, que no encuentren algún documento comprometedor en su poder. Quizá tengan miedo a verificar un registro aquí, ya que su cargo parlamentario le hace inviolable, pero buscarán la forma de conseguirlo por otros medios más sutiles. Texas es de los que no se detienen en nada. Si la ley se lo impide, obrará contra la lev, contando con el amparo del gobierno y cuando tenga algo en qué apoyarse, un día se verá usted acusado en el Congreso o varias parejas de policías vendrán a detenerle. Si se tratase de un elemento insignificante, se le podía hacer huir y nada sucedería, pero usted no puede hacerlo. El

escándalo sería terrible, le buscarían como a un conejo y no podría evadirse, aparte de que lo perdería usted todo. Hay que luchar hasta el último extremo y evitar la catástrofe por usted y por todos los que estamos comprometidos en la secta.

—¿Usted cree que sería capaz de intentarlo?

—Estoy seguro de ello.

—Pues bien, creo que ninguna ratonera mejor que esta para cogerle los dedos.

—Sí; puede ser un recurso entre otros muchos, pero hay que ponerse en el caso de que no lo intente y elija otros caminos menos rectos.

—¿Qué se le ocurre a usted entonces?

—En cualquiera de los casos, yo iría derecho a un fin; eliminarle de una manera o de otra.

—¿Cómo?

—Sabemos que está en Washington. Reunamos nuestra mejor gente y procuremos tenderle un cerco trágico. En el momento que abandone la Casa Blanca, que se deshagan de él como mejor puedan. No puede fallar.

—Bien, pero eso no elimina el peligro de que yo esté ya denunciado. Es preciso ponerme a cubierto de acusaciones.

Zenker después de meditar un momento, dijo:

—Se me ocurre un contragolpe. Es audaz, pero sería pegar antes de recibir el golpe. Convenía redactar un aviso a todos los jefes que conocen su personalidad, poniéndoles en antecedentes para que no se alarmasen y supiesen el motivo, y usted, entonces, aprovechando la muerte de nuestros jefes, lanzar un discurso violento en la cámara contra el «Ku-Klux-Klan», acusándole de actuar en las sombras y de haber dado muerte a dignos hombres públicos o industriales del Estado de Virginia. Esto desconcertaría a nuestros enemigos y si tenían la osadía de acusarle, usted podría achacar la acusación a elementos de nuestra secta. No puedo asegurar lo qué sucedería, pero sería una valla puesta delante para hacer difícil que la saltaran.

Harnold ponderó la proposición y después de meditar un momento, replicó:

—Bien, creo que ha tenido usted una buena idea. Es usted un hombre listo, señor Lane, y me va a servir usted de mucho. Le daré

la lista de los jefes para que les curse la circular, le confiaré la organización de la caza de ese enemigo tan peligroso y, si triunfamos, será usted mi hombre de confianza.

Capítulo II

Ataque y contraataque

SIMULTÁNEAMENTE a esta interesante entrevista, se estaba celebrando otra en el despacho del secretario de Estado. Snock, en compañía de Texas, Born y Nino, escuchaba los más nimios detalles de la odisea corrida por aquel invencible trío y, al tiempo, repasaba febrilmente los nombres que figuraban en la arrugada lista que Jim le había entregado.

—¡Ha sido un trabajo magnífico, Jim! —exclamaba el secretario—. ¡Por algo he confiado yo siempre en tu audacia y tus recursos!

—Bueno, no me cubras a mí solo de laureles —repuso modestamente Texas—. No olvides que sin la ayuda de mis valientes compañeros, no hubiese logrado este éxito.

—Claro que no lo olvido, ni rebajo sus méritos. Digo que me congratulo de haber puesto en tus manos este asunto. Tú eres un jefe formidable y la gente que sienta el orgullo de trabajar contigo, no puede desmerecer.

—Bien, ahora tú dirás qué se ha de hacer. Hemos conseguido mucho, pero hemos metido la cabeza en un avispero del que podemos salir con la cara hinchada. Harnold es el jefe supremo de esa banda de escorpiones venenosos, pero no creo suficientes

pruebas estas para condenarlo. Una lista de nombres en la que figura en cabeza atestiguando que es el jefe de esa organización, no es bastante para acusar a un diputado. Lo mismo podía haberla escrito alguien para gastar una broma pesada. Los jueces seguramente no admitirían esta prueba a secas.

—Tienes razón. Haría falta algo más sólido. Quizá verificando un registro en su domicilio…

—¿Cómo? ¿Puedes hacerlo oficialmente sin tener en qué apoyarte? Olvidas su invulnerabilidad…

—Ya…, pero… un registro extraoficial…

—¿Quieres decir un asalto a su domicilio? La cosa es seria, Snock… Es un pájaro de mucha voz y sus cánticos se oirían muy lejos…

—Y, sin embargo, algo hay que hacer. Nada importa que el que asume la trágica responsabilidad de semejante horda de asesinos sea un personaje. Mucho peor.

—En eso estamos conformes. Aquí hay más nombres que tampoco son un grano de anís, Snock. Todos ellos pertenecen a la industria, la banca, la justicia. Se ve que, como buenos topos, todo lo tenían minado.

—Sí; pero algunos de éstos minarán ya poco. De momento, los que pertenecen a cargos del Estado, recibirán una orden de traslado a lugares desplazadísimos de su centro, y luego…, un día, se verán detenidos cuando menos lo esperen y encerrados donde no les dará el sol en mucho tiempo. Esto se puede hacer en silencio. En cuanto a los industriales y financieros, creo que alguno sufrirá un accidente grave, el otro una quiebra, aquél un incendio en sus propiedades, algo que les vaya desconcertando y eliminando. El pánico en la sombra es el más trágico, y, cuando uno a uno, los que se conocen y se saben más responsables, vean cómo van cayendo los demás, el que sea más listo inventará un paseo por Europa y desaparecerá de aquí por lo menos para mucho tiempo.

—No es mal plan, pero sería más positivo y espectacular poder acusar a ese tipo en pleno parlamento. ¿Qué clase de sujeto es? Yo sólo le conozco de nombre.

—Es un fatuo y un impulsivo. Maneja muy bien la oratoria y resulta cáustico y agresivo en sus discursos. Precisamente ahora está molestando al gobierno con motivo del asunto de la retirada de

fondos al Banco de Filadelfia. Debe estar muy interesado en este negocio bursátil.

—¿Y en su vida privada?

Born intervino para decir:

—Es un mujeriego. Yo no sé si lo habrá roto ya, pero andaba en relaciones con una muchacha retirada de los «music-halls». Un tipo lindo, pero nervioso y egoísta. Se llama Belle Morgan y la conocían por la «Bella Vanity».

—Quizá podríamos hacer algo por ese lado. Las mujeres suelen ser los mejores auxiliares para estos casos. Todo depende del interés personal que tenga por él. Si se trata de dinero, podemos cotizar su traición más alto que Harnold.

—Seguramente. No es muy generoso con nadie.

—Pero —intervino de nuevo Texas—. Todo depende de lo que ese tipo sepa de lo sucedido. Si ha sido puesto en antecedentes de la «razzia» que hemos hecho allá abajo, acaso esté asustado… Eso, sí no sabe que hemos descubierto su secreto.

—No lo creo —dijo Snock—. ¿Cómo iba a saber que has descubierto esa lista fatídica?

—¿Olvidas a Zenker? Es el único que se salvó de la cuerda y es más peligroso aún que Harnold. Quizá supiese más que nos imaginamos y a estas horas, Harnold esté en antecedentes de muchas cosas.

—Sí es así, espero que él mismo se ponga en evidencia —insinuó el secretario—. Es demasiado fuerte todo eso para que un hombre no pierda los estribos.

—Depende. Si tiene algo en la cabeza, y debe tenerlo, sino no sería el gran jefe, comprenderá que, al contrario, el momento es para las grandes audacias. Conocerá la ley, sabe que no se le puede acusar sin otras pruebas y se mostrará osado y retador…, acaso esté estudiando algún contragolpe. Hay que obrar con mucha cautela.

Snock añadió:

—De todas formas, voy a tender un cordón de espías en torno a él… Y convendría tantear un poco a esa muchacha.

Born intervino:

—La conozco algo, pero tengo un amigo que la trata mucho. Algunas veces, celebra fiestas e invita a los amigos. Quizá por él podamos ponernos en contacto con ella.

—Pues ese asunto queda encomendado a usted, Born. En cuanto a ti, Texas, no te insinúo nada. Tú sabes mejor que nadie lo que debes hacer.

—Estudiaré la posibilidad de verificar ese registro que apuntabas. No será cosa fácil si está precavido, pero veremos. A lo mejor provocamos otra debacle como la de Richmond.

—No me agradaría. Aquí el ambiente es otro.

—Quisiera conocer de cerca, a Harnold. Sólo le conozco de nombre y por los retratos.

—Pues si quieres, esta tarde hablará en el Congreso. Espera obtener un éxito combatiendo al gobierno en el asunto del Banco. Puedes ir a oírle. Te daré una invitación.

—Iremos, Born. Por algo hay que empezar.

Aquella tarde, en el coche del secretario se trasladaron al Parlamento. Nada sucedió en el camino, quizá porque aún no habían organizado el plan para deshacerse de Texas o posiblemente porque no sospecharon que saliese en el carruaje del secretario para asistir a la sesión.

Nino recabó libertad para moverse por su cuenta, cosa que Texas no quería concederle, pero insistió en ello.

Quería telegrafiar al rancho para tranquilizar a su mujer, aunque ya Texas lo había hecho desde el despacho de Snock y quería dar una vuelta por la población.

Cuando Texas y Born ocuparon su asiento en la tribuna, el salón de sesiones estaba lleno. Había una gran expectación por el debate y los ánimos se encontraban muy excitados.

Cuando Harnold se adelantó a su escaño para hablar, hubo aplausos en abundancia. El partido republicano, que aspiraba a gobernar cuando los demócratas cesasen en su mandato, alentaba toda campaña que pudiese poner en evidencia al Gobierno y Harnold les iba a prestar un buen servicio.

Harnold, estirado, enfático, con inusitado aplomo, empezó su discurso. Se veía que lo había estudiado como un papagayo y que no variaría una tilde de su texto. Si alguien le hubiese interrumpido en aquel momento, seguramente que el magnífico discurso se hubiese venido al suelo, al obligarle a salirse de la línea trazada. Su oratoria era como un tren; si perdía el raíl, descarrilaba.

Texas, dándose cuenta de ello, tuvo una idea diabólica y

escribiendo una nota en un papel, salió al pasillo y dijo al ujier:

—Haga el favor de llevar esa nota al pupitre del señor Harnold. Es un dato urgente que necesita.

Se volvió a su asiento sonriendo maliciosamente y lleno de curiosidad, esperó el efecto demoledor de su nota. Era un aviso advirtiéndole que estaba acusado de pertenecer a la secta del Ku-Klux-Klan y que a la salida del Parlamento sería detenido.

Texas vio como el ujier, discretamente, le entregaba el papel. Harnold lo tomó, dejándole sobre el pupitre y terminó un ampuloso hemistiquio de su perorata, interrumpiéndose para recibir el homenaje fervoroso de los que le animaban a seguir su diatriba. Aprovechó la interrupción de la ovación para echar una ojeada al papel. Texas observó que se quedaba rígido, estrujando el papel con ira y que luego de ponerse pálido, volvía a adquirir su aspecto rojizo habitual, pero mucho más subido, hasta que al terminar la ovación y volver el silencio, hubo un momento de expectación al observar que no seguía su discurso y que parecía entregado a una honda meditación.

Por fin, paseó su vista por el salón y, rehaciéndose, exclamó con voz un poco turbada:

—Señores diputados, perdónenme si me permito cortar por un momento mi pobre discurso sobre este tema, para dar a la Cámara una noticia gravísima que acaban de transmitirme por conducto fidedigno. Con ser grave este asunto de la retirada de fondos, considero más grave lo que voy a decir y ruego a todos que me disculpen si lo planteo fuera de lugar y de manera tan brusca, pero es preciso. Según me comunican, en Virginia, estado que represento en esta Cámara y por cuyo prestigio estoy obligado a velar, acaba de suceder algo insólito, de lo que me avergüenzo por ser virginiano, pero de lo que no soy responsable. Según mis informes, los elementos de esa secta repugnante y vil titulada el «Ku-Klux-Klan», acaban de cometer media docena de crímenes repugnantes en Portsmonth. El juez, el *sheriff*, y tres prestigiosos industriales de la localidad, todos personas dignas, sin tacha, han aparecido ahorcadas con el signo de la secta colgado del pecho como un reto.

»Esto es inicuo, suceda en Virginia o suceda donde suceda. Como americano, tengo que avergonzarme de ello y preguntar al Gobierno si no es hora de que en lugar de perder el tiempo en

discutir con los bancos minucias que para nada ponen en peligro la paz del país y la vida de los ciudadanos, no ha llegado la hora de que demuestre su energía mejor aplicada, deshaciendo esa horrible secta y colgando de un buen cordel a sus dirigentes.

«Es inicuo que esto venga sucediendo a ciencia y paciencia de los gobernantes. Ellos tienen en su mano todos los resortes para acabar con el mal; si se consideran impotentes, que dimitan y nos dejen paso a los que nos consideramos más fuertes y mejor dispuestos para dar fin a una lacra tan horrible para el país como esa.

Una cerrada ovación acogió las palabras de Harnold. Éste, rojo como la grana, se pasó el pañuelo por la frente para limpiar el sudor que le había producido pronunciar tan acervas palabras y luego, paseó su mirada imprecisa en derredor, como desafiando al Gobierno y a quienes habían estimado fácil poderle vencer. Allí quedaba su denuncia fuerte, viril, oportunísima. Después, se vería si el Gobierno se sentía con fuerzas para detenerle y acusarle a él que había sido quien acababa de lanzar la denuncia.

El salón se convirtió en un herradero. Todos los diputados, puestos en pie, increpaban al Gobierno y lanzaban atroces anatemas contra la secta. Snock, pálido como un cadáver, tenía los ojos fijos en Harnold, sin acertar a aquilatar su cinismo, y Texas, que había dado un respingo al oírle hablar, murmuró admirado:

—¡Peste! Creí que le iba a desconcertar y le he puesto en la mano un póker de ases. Tendré que hacerle tragarse la jugada o nos podrá a todos. Born, asombrado, preguntó:

—¿Qué ha sucedido, Texas?

—Que he medido mal la fortaleza de ese tipo. Le he enviado una nota acusándole de pertenecer a la secta y amenazándole con detenerle a la salida y vea el resultado… Es un enemigo de los que a mí me gustan…, pero cuando los veo estirando cuerda con el cuello.

Por fin, los ánimos se fueron apaciguando y uno de los ministros, levantándose, exclamó:

—Señores, un poco de calma. El Gobierno está dispuesto a aceptar todos los debates que se le planteen sobre este gravísimo asunto, pero en su momento. No censuramos al señor Harnold la prisa que le ha corrido apuntarse ese éxito de galería interrumpiendo su discurso para denunciar el hecho. Quiero decirle

al señor Harnold, que el Gobierno estaba perfectamente enterado de él, mucho más enterado que lo está ahora la Cámara a través de tales informes que el señor Harnold se ha apresurado a dar con demasiada ligereza, quizá porque le hacía falta que así fuese. Es cierto que tales individuos…

Harnold, furioso, interrumpió al orador:

—¡Protesto airadamente de ese calificativo de «individuos»! Es insultante para hombres honorables que han perdido su vida a manos de tan terribles elementos.

El ministro, sin desconcertarse, replicó:

—Perdóneme señor Harnold, he medido al milímetro mis palabras y no retiro nada de ellas. Repito que es cierto que esos individuos han muerto colgados hace unas noches, pero quiero advertir a la Cámara, que el señor Harnold ha sido falsamente informado. Los muertos no han caído a manos del «Ku-Klux-Klan», sencillamente porque los cinco eran jefes reconocidos de esa secta en Portsmonth.

Un silencio impresionante acogió la declaración. Todos se miraron perplejos y Harnold palideció. No esperaba un ataque tan directo y tan contundente y se preguntaba en su interior qué pruebas poseerían sus enemigos para poder sostener sus afirmaciones.

Pero ya no podía retroceder. Había sacado el caso del pozo y tenía que hacerlo nadar sobre la superficie.

—¿Puede el señor Ministro dar pruebas de ello?

—Puedo darlas, pero no las daré. No es el momento de hacerlo. Este asunto tiene demasiadas raíces para ponerlas al sol en esta oportunidad. Nadie descubre su juego antes de la hora del envite y el Gobierno se reserva hacerlo en momento oportuno, cuando él lo estime conveniente. Lo único que puede asegurar a la Cámara, es que sus aseveraciones son ciertas. Posee datos que no puede revelar, porque entorpecerían y malograrían su labor futura para dar el golpe decisivo a la secta. No hubiese traído aquí este asunto en tales momentos, porque ni es oportuno ni tiene valor. Al contrario, va a malograr un trabajo muy hábilmente llevado, pero ya es inevitable. El señor Harnold, que es muy listo, ha necesitado apuntarse un éxito momentáneo y lo ha conseguido; sus razones tendrá… El Gobierno no necesita éxitos de galería, sino realizar hechos

concretos. Quizá no tardando mucho, vuelva a esta Cámara a realizar revelaciones sensacionales, que asombrarán a todos… e incluso al señor Harnold.

—¿En qué sentido? —preguntó, inquieto, el diputado.

—Eso lo verá su señoría ese día, si está presente en la Cámara…

Harnold empezaba a desconcertarse. El ministro hablaba con ironía y seguridad. Sus palabras parecían flechas sutiles lanzadas contra él. Las captaba clavándosele insensiblemente en el pecho y llegó un instante en que creyó adivinar que los diputados se estaban dando cuenta de ello. Furioso, gritó:

—Descubro mucha ironía en las palabras del señor Ministro. No le falta más que acusarme de pertenecer a esa organización por haber tenido el valor de sacar a relucir aquí hechos que el Gobierno hubiese traído o no hubiese traído sin mi denuncia.

El ministro, sin perder la calma, repuso:

—Yo no puedo acusar a nadie sin pruebas. Precisamente porque no las traigo, me he callado. En cuanto a traer el asunto a la Cámara, puede estar seguro de que hubiese venido de todas maneras. Es algo que no puede escamotearse al conocimiento de los señores diputados.

—¿Puede decirme el señor Ministro cuándo piensa hablar aquí de nuevo de ese asunto?

—No. Puede ser dentro de una semana o puede ser mañana. Eso sólo nos compete a nosotros.

Hubo murmullos contradictorios en el salón. Unos aprobaban la actitud del Gobierno, otros la repudiaban, pero el ministro, sin inmutarse, reclamó un momento de silencio y por fin, después de consultar con sus compañeros, exclamó:

—Señores diputados: Yo pido un voto de confianza por una semana, como máximo, para volver a traer aquí este asunto y, a cambio, les prometo que habrá revelaciones tan sensacionales que todos… empezando por el señor Harnold, si puede estar presente ese día, se quedarán asombrados.

La Cámara, ante semejantes promesas, acordó el voto de confianza pedido y el Presidente trató de reanudar el debate sobre el asunto de los fondos, pero ni la Cámara estaba para ocuparse de tal asunto, ni Harnold tampoco. La última afirmación le había desconcertado y se preguntaba, inquieto, qué triunfos tendría

escondidos en su manga el Gobierno para asegurar tales cosas.

Se hallaba en ascuas y estaba deseando salir de allí. Le faltaba el aire, se sentía como dentro de una prisión invisible y se preguntaba también, con angustia, si la anónima amenaza del papel que aún conservaba entre las manos no sería una amenaza falsa y si, a pesar de sus esfuerzos, sería detenido a la salida.

La sesión fue levantada y los diputados, en amplios corrillos, comentaban apasionadamente el inesperado debate desarrollado.

Texas, dando con el codo a Born, dijo:

—Creo que podemos irnos. La cosa no ha salido tan brillante para Harnold como él había supuesto en un principio. Lo que no me explico, es en qué se habrán apoyado para hacer esa promesa tan tajante de que en el término de una semana volverán aquí con la solución.

—Ni yo. Acaso se decidan a obrar por la tremenda.

—No lo creo. Son más prudentes que todo eso. A lo mejor, es que han confiado demasiado en nuestras pobres fuerzas. Si ha sido así, presiento que nos van a poner en el mayor de los aprietos.

—Y yo, pero comprendo que no tenían otra salida. Sin esa cometa que han lanzado, no sé lo que hubiese sucedido aquí de provocarse una votación.

De repente, Texas, que había echado una mirada al hemiciclo, descubriendo al Harnold que agitaba violentamente los brazos ante un grupo de admiradores, volvió a sentirse animado por otra idea diabólica y dijo:

—Sígame, Born. Voy a gastarle una cuchufleta sangrienta a nuestro amigo Harnold. Presiento que le va a causar más impresión que si le aplicase el hierro de marcar un ternero.

Born se soliviantó al oír a Texas, pero le siguió, acariciando en su bolsillo la culata del revólver.

Texas se acercó al grupo y abriéndose paso, tendió la mano al hábil diputado, diciéndole con una sonrisa enigmática:

—Le felicito, señor Harnold. Ha estado usted estupendo.

—¿Lo cree usted así? —preguntó, halagado, Harnold.

—¿Cómo no? Ha sido la pieza oratoria más hábil que yo he oído en los días de mi vida.

—Muchas gracias, señor…

—Texas. Soy el capitán Jim Texas, para servirle.

Harnold, cogido de sorpresa por la audacia de su terrible enemigo, abrió la boca cómicamente y le miró de un modo extraviado, como si temiese verse atacado por el terrible revólver de su enemigo, pero al darse cuenta de que le miraban sus compañeros, realizó un supremo esfuerzo para serenarse y replicó con voz segura:

—Gracias. Su opinión es para mí de un valor extraordinario.

—Es justicia. Soy un hombre tan sincero, que hasta a mis terribles enemigos les he dado el valor que poseyeron. Espero que esto tenga una segunda parte muy sensacional y le prometo asistir a presenciarla.

—Me alegrará mucho, capitán. Soy hombre luchador y no me asustan los latiguillos del Gobierno. Dudo mucho que pueda cumplir su ofrecimiento de hace media hora.

—Yo no —repuso Texas—. Todos son hombres tan serios, que cuando lo han prometido lo cumplirán. Será un beneficio para la humanidad y un alivio para nuestra Patria, manchada por la baba de esos sapos venenosos. Adiós, señor Harnold, y que siga usted tan hábil como hasta ahora.

Y dejándole con la palabra en la boca, desapareció entre los grupos, dejando en el alma del diputado un sedimento de angustia difícil de dominar.

Por fin, se decidió a salir. Era una cosa que no podía evitar y cuanto antes saliese de dudas, antes se borraría de su pecho la angustia de aquella incógnita por resolver.

Rodeado de algunos diputados, se quedó parado en la puerta, mirando inquisitorialmente a todos lados en espera de ver acercarse a la pareja policíaca que debía detenerle.

Pero aunque esperó con los nervios en tensión, nadie se acercó a él solicitando que le acompañase, y sonriendo triunfalmente, se adelantó al centro de la calzada para buscar un coche que le condujese a su domicilio.

En aquel momento, de entre un grupo de curiosos agolpado frente al Parlamento, surgió un individuo de aspecto insignificante, quien, armado de un revólver, pretendió disparar sobre Harnold. El cañón del revólver le tuvo por un momento bajo su siniestro agujero, pero varios brazos se agitaron desviando el arma y el disparo salió alto.

Luego, quizá por un sentimiento de indignación ante el atentado, alguien quiso tomarse justicia rápida. De modo simultáneo vibraron dos detonaciones y el agresor cayó a tierra con la cabeza destrozada.

El público se arremolinó en torno al agresor y al agredido, otros corrieron asustados. Harnold, nervioso, pues se había visto a unas pulgadas de la muerte, agradeció con frases cortadas el auxilio y alguien se presentó con un carruaje para arrancarlo de aquel lugar, mientras otros se apresuraban a recoger al muerto y a llevarle al puesto de socorro más cercano.

La policía despejó el lugar, y desde un sitio apartado un individuo de barba que casi le cubría el pecho, cabellera corta y medio blanquecina y grandes gafas de color, sonreía satisfecho y se retiraba lentamente sin haber intervenido, al parecer, para nada en el suceso.



Minutos más tarde, Zenker, que era el misterioso espectador del drama, se reunía en el domicilio de Harnold con éste.

—¡Bravo! —exclamó—. Ha estado usted magnífico con su discurso. Fué un palo que el Gobierno no esperaba.

—¿Ha estado usted en el Parlamento?

—Sí. Salí un cuarto de hora antes que usted.

—Entonces… no habrá presenciado el epílogo. He estado a punto de morir a manos de nuestros enemigos. Me tienen miedo y sólo han sabido…

—No han sabido hacer nada, señor Harnold. El atentado ha sido preparado por mí.

El diputado, asombrado, se echó hacia atrás, mirándole con miedo, pero Zenker, riendo, aclaró.

—No se asuste. Comisioné a un fanático de nuestra secta para que intentase matarle, pero yo le di el revólver cargado con pólvora. Tenía a su lado quienes debían deshacerse de él inmediatamente.

—¿Y para qué esa comedia, señor Lane?

—Para que cuando registren su cadáver le encuentren pruebas suficientes de que pertenece a «Los Hijos del Diablo». Mañana la prensa publicará su discurso, elogiará su patriotismo y acusará a nuestra secta de haber pretendido deshacerse de usted por su valor al acusar… Después…, veremos si el Gobierno tiene agallas para acusarle de ser su jefe supremo.

Harnold, admirado de la sagacidad de Zenker, estrechó su mano agradecido, afirmando:

—Es usted el diablo, señor Lane. Con hombres así soy capaz de luchar contra el mundo entero. Tiene usted razón; que me acusen, a ver quién los cree sinceros.

CAPÍTULO III

PARA UN LISTO OTRO MAYOR

EN efecto, la audaz maniobra de Zenker fue como un sólido escudo protector que inmunizó fuertemente a Harnold contra cualquier maniobra prematura del Gobierno. Al día siguiente, todos los periódicos, sin excepción, publicaban apasionados comentarios a la sesión del Parlamento, destacaban la patriótica labor de Harnold denunciando las actividades de la secta, copiaban con letras del tipo doce párrafos de su discurso y anatematizaban la osadía de la secta que, sin perder minuto, dando pruebas de su excelente organización, habían tenido tiempo de preparar el cobarde atentado en un período de minutos que parecía inverosímil.

Después, daban cuenta del atentado e informes del criminal. Este era un descargador de los muelles afiliado al «Ku-Klux-Klan», pues se le había encontrado en las ropas un disco de cartón con el emblema de la secta, una inicial y un número que la policía guardaba con mucha reserva.

No se había podido localizar aún a los valientes ciudadanos que, con exposición de su vida, habían saltado sobre el asesino, disparando sobre él. Achacaban su incógnito al miedo a sufrir represalias de la poderosa secta y alababan su prudencia sin dejar

de elogiar su conducta.

Como colofón, excitaban al Gobierno a terminar de una vez con aquella lacra social. Se mostraban pesimistas en aceptar que las promesas del Gobierno pudiesen ser cumplidas en un plazo tan breve y de una manera tan eficaz y escandalosa como afirmaba.

«Sólo hay un hecho cierto —puntualizaba un diario al final de su artículo de fondo—: que un patriota como el señor Harnold se ha rasgado las vestiduras denunciando los manejos de la secta en su propio distrito, donde sus enemigos forman legión, y que esta prueba de civismo le ha podido costar la vida. Esperamos que el Gobierno, dándose cuenta de ello, vele porque el atentado no se repita, ya que a tan nefandos elementos les interesará suprimir al hombre bravo y sin tacha que no ha vacilado en romper lanzas por el bien de la Nación».

Estos comentarios de prensa eran comentados, a su vez, al siguiente día en el despacho del Secretario de Estado por éste, Texas y Born. El primero, perplejo, con la frente arrugada y paseando nerviosamente por la amplia sala, murmuraba:

—No lo entiendo, Texas. Admito que su pesada broma le obligase a adelantarse dando el golpe efectista de la denuncia, pero lo del atentado es cosa que no me entra en la cabeza, ni admitiéndolo como venganza de sus propios sectarios.

—¿Se ha comprobado, realmente, que el criminal pertenecía a la secta? —preguntó Born.

—Sin ningún género de duda —afirmó Snock—, es un auténtico «Hijo del Diablo».

Texas, que había permanecido en silencio entregado a hondas cavilaciones, intervino para decir:

—Encuentro todo tan perfecto, tan ligado, tan rápido y tan sin fallos, que me siento inclinado a creer, más que en un drama real, en una comedia.

—¿Qué quieres decir, Jim?

—Muchas cosas. Toma tu reloj y mide. Harnold pronunció su discurso a las cinco y terminó a las cinco y media. La reseña de la sesión no salió a la calle hasta después de las siete, en la edición de la noche de los diarios. A las seis y diez, se levantaba la sesión, y a las seis y media se atentaba contra la vida de ese sapo. ¿Tú crees que en una hora pudo salir la noticia del Parlamento, correr por la

ciudad, dar tiempo a los jefes a buscar el elemento necesario y tenerle esperando a la puerta del Parlamento a esa hora?

»¿Tú crees que los jefes, sabiendo a Harnold la autoridad suprema, iban a atentar contra él, cuando su ataque sólo era una finta sin perjuicio para la secta y beneficiosa para ellos?

«¿Y crees, por último, en que la casualidad pusiese junto al asesino dos vengadores tan exactos, que, sin darle tiempo a hacer blanco, le colocasen dos proyectiles en el cráneo para que no pudiese declarar después?

—¿Qué quieres ‘decir? —preguntó, excitado, Snock.

—Muchas cosas y ninguna. Yo opino que… ¡Por Judas…, no se me había ocurrido! Pregunta si han sido recogidos el arma que empleó el asesino y el casquillo del proyectil. Si es así, haz que los examine un perito en armas.

—¿Qué esperas descubrir?

—Quizá nada, pero quizá algo que corrobore mis sospechas. Da orden de que te informen rápidamente.

Snock tomó el teléfono y transmitió las órdenes para que se examinase el arma y la cápsula, y después continuó discutiendo el caso.

Como si diera al olvido la insinuación enigmática que acababa de hacer, Texas preguntó:

—Lo que quisiera saber es en qué se fundó el ministro para hacer aquella afirmación tan ruda y categórica.

—Realmente, en nada, Texas. Fui yo quien le insté a que la hiciera. La situación era trágica; podía haberse producido una catástrofe parlamentaria, si Harnold quedaba flotando como un ídolo, y… mi confianza en ti y en tu sagacidad me movió a rogarle que afirmase tal cosa.

—¡Pues en buena posición has colocado al Gobierno y a nosotros! ¿Tú sabes lo que has prometido?

—Me doy cuenta, pero no había otro remedio. Si se llega a producir la crisis, todo se habría perdido. Ocho días pueden obrar milagros trabajando con fe y salvar la situación. Hazte cargo de lo que significaría que en ese tiempo desenmascarásemos a Harnold.

—Sí, pero… ¿y si no es así?

—Pues habremos vivido políticamente en falso ocho días, para caer con más estrépito. En tus manos está la vida del Gobierno,

nuestro prestigio político y dar un golpe de muerte a la secta.

—Si no me lo dan antes a mí, Snock.

—Eso me apenaría más que mi fracaso político. Piensa algo, Jim; no podemos perder muchos minutos.

—Ya pienso. Tengo la cabeza que me revienta de pensamientos, pero todos están supeditados a diversas cosas. Quiero corroborar antes mis sospechas.

—¿Cuáles?

—Ya te lo diré cuando tenga todos los informes recogidos.

Una hora más tarde, Snock recibía un pliego lacrado procedente del departamento de investigación de explosivos del ejército. Era el informe del técnico que había examinado el revólver y la cápsula.

El secretario lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Por el infierno!… —exclamó—. ¿Qué significa esto, Jim?

Y le entregó el pliego.

Texas sonrió triunfal al leerlo, y contestó:

—Guarda este informe bajo siete llaves, Snock, que es algo inestimable para vosotros. Como verás, el informe dice que el revólver tenía cuatro cápsulas en el cargador y una en la recámara, que solamente había sido provocado un disparo con él, y que del examen del revólver y de la cápsula, se puede afirmar que dicho proyectil solamente contenía pólvora.

—Lo cual quiere decir…

—Que todo ha sido una soberbia comedia. El asesino era falso. Se le ordenó disparar sabiendo que no podía dar muerte a Harnold con el primer proyectil, y se le remató antes de que tuviera tiempo a disparar el segundo, que podía ser mortal. Había que terminar la comedia iniciada en el Parlamento dando la sensación de que la secta quería vengarse de él. Apostaría a que todo esto ha sido obra del habilísimo taumaturgo que es Zenker.

—¿Crees que esté aquí?

—Apostaría a que Harnold ha obrado inspirado por él. Daría media vida por comprobarlo y localizarle.

—Lo intentaremos.

—Sí; vamos a combatirle con sus propias armas, Snock. Llámale por teléfono.

—¿Para qué?

—Ya te diré lo que has de comunicarle.

Y brevemente le explicó su idea.

Snock llamó a Harnold, y cuando éste se encontró al aparato, dijo:

—Escuche, señor Harnold he leído la prensa de esta mañana, y sus comentarios me han inspirado viva inquietud. Un hombre que se ha colocado en situación tan desventajosa con un enemigo tan terrible, tiene la vida pendiente de un hilo, y si usted la perdiera se culparía al Gobierno de ser el causante de ello. En vista de la situación, y mientras nosotros obramos para conjurar el peligro, hemos decidido velar por su seguridad, para que el hecho de ayer tarde no se repita. Inmediatamente enviaré unos cuantos policías que se sitúen dentro del jardín de su casa para evitar que pueda ser asaltada y procedan a identificar a todo el que pretenda penetrar en ella, registrándole minuciosamente. Fuera de la finca, un cordón de policía vigilará también con celo, y cuando salga usted de su domicilio le seguirá una fuerte escolta. Un hombre de su valía no puede quedar a merced de un enemigo tan terriblemente trágico y audaz como son los miembros de esa miserable secta.

Harnold recibió el mensaje cuando se encontraba discutiendo los planes a seguir en compañía de Zenker. Éste captaba la vibración de la voz del secretario sin perder palabra, y, al igual que Harnold, se sentía invadido de una rabia sorda.

El diputado, adivinando que aquel aparato de fuerzas era tanto como tenerle preso de una manera disimulada, y además cortarle toda clase de movimientos en un instante tan crítico como aquél, puso el grito en el cielo, y, rugiendo como un toro, replicó:

—Oiga, señor Snock le agradezco mucho su interés, pero soy mayorcito de edad para saber cuidar de mí mismo. Creo que todo ese aparato de fuerzas debían emplearlo ustedes en descubrir a los elementos de la secta para acabar con ellos. Háganlo así y déjenme en paz, porque rechazo toda protección oficial.

Snock, sonriendo divertido al oír bramar a su enemigo, repuso:

—No se preocupe, que para detener a un ejército de sapos con capucha nos sobran elementos. Siento no poder colaborar con su imprudencia, pero el valor ciego a nada conduce, usted lo sabe. Ayer, pese a su valor, sin la oportuna intervención de los que se apresuraron a rematar a su presunto asesino, nada hubiese usted podido evitar, en el caso de que realmente hubiesen tratado de

asesinarle.

Harnold, molesto por la frase enigmática de Snock, gritó:

—¿Qué quiere usted decir?

—Nada, señor Harnold; simplemente informarle de que, en realidad, sólo trataron de impresionarle o impresionar a los demás. Se ha comprobado que la cápsula sólo contenía pólvora.

—¡Eso es un truco de ustedes, señor Snock!

—En todo caso, será un truco de los técnicos militares que han examinado el revólver y la cápsula. Si lo cree conveniente, discútalo con ellos, aunque no merece la pena. Por nuestra parte, no pensamos aclarar en la prensa el caso, restando aureola a su persona. Lo que sí estamos dispuestos a hacer, es precaver que el próximo atentado pueda ser más seguro y menos efectista.

—¡Me niego terminantemente! —siguió bramando Harnold—. Mi vida privada es mía.

—Su vida pertenece a la Nación.

—¡Arrojaré a patadas a todo intruso que pretenda invadir mi domicilio!

—En ese caso, para salvar nuestra responsabilidad, publicaremos una nota en la prensa advirtiendo que se niega a que garanticemos su vida, y al tiempo publicaremos el informe del departamento de investigación de explosivos; pero esté seguro de que, al no responder de su vida, es muy posible que ésta se encuentre en verdadero peligro de verse cortada, sin responsabilidad alguna para el Gobierno, y su vida nos es tan precisa, que por nada del mundo se la cederíamos a nadie.

Zenker captó toda la ironía y la amenaza que encerraban las palabras del secretario. Si no permitía que le encerrasen en un círculo policíaco, le amenazaban con deshacerse de él impunemente, y si aceptaba, sería tanto como verse imposibilitado de moverse, y menos de escapar si las cosas se ponían trágicas. Las dos soluciones eran pésimas, pero la primera, y quizá más inmediata, resultaba la más inquietante.

Zenker adivinó en todo aquello la mano y el cerebro de Texas, y rechinó los dientes, pero se apresuró a decir algo al oído de Harnold.

Éste pestañeó fuertemente, dudó un momento, y por fin contestó:

—Bien, puede hacer lo que guste, pero conste que protesto con todas mis energías.

—Creo que esa viva protesta debía usted pasársela a sus enemigos del «Ku-Klux-Klan». Sin ellos, nada de esto tendría razón de ser.

Y colgó el aparato, riendo silenciosamente.

Harnold, por su parte, estaba congestionado cuando dejó el auricular. La hábil maniobra de sus enemigos le ponía en una situación terrible, de la que no encontraba modo de evadirse.

Rabioso, empezó a lanzar maldiciones, pero Zenker, más práctico y más frío, conociendo la trágica actividad de Texas, exclamó:

—No pierda el tiempo en lamentaciones vanas y aprovechemos el que tarden en venir, o todo empeorará. Yo he de marchar, y no podré volver por esta casa. Texas me anda olfateando, y como todos seremos sospechosos, su aguda vista no tardaría en descubrirme. Hay que buscar el modo de que podamos entrevistarnos eludiendo la intromisión de esa gente. Usted tiene la palabra.

—¿Cómo y dónde? Todos los lugares que visite les resultarán sospechosos e investigarán la clase de gente que es. Esto es terrible, señor Lane.

—Sí, lo es. Usted queda aislado dentro de un quirófano, sin que nada impida que examinen sus actos a través de los cristales. Tendré que ser yo quien me mueva en la sombra.

—Cierto, pero yo no puedo perder el contacto con usted. Soy el jefe supremo, y la responsabilidad de todo es mía.

—Lo comprendo, pero no está en mi mano evitarlo.

Súbitamente se llevó la mano a la frente, y, bocetando una ancha sonrisa de satisfacción, añadió:

—¡Ya está! ¡Ya tengo el lugar!

—¿Dónde?

—Donde nadie intentará penetrar, porque saben que pertenece a mi vida privada. Yo poseo una amiga, a la que todo el mundo conoce extraoficialmente. Se llama Belle, y, aunque nos peleamos muy a menudo por cuestión de intereses, es una buena muchacha que me aprecia. Yo sé que, satisfaciendo sus ansias de dinero, me es fiel, y allí podemos vernos sin peligro. Yo le daré una carta de presentación para ella, acompañada de un buen puñado de billetes,

y le diré que, como la policía se empeña en protegerme impidiéndome tratar mis asuntos de negocios y de representación política sin su intervención, le ruego que me ayude a combatir a mis enemigos, permitiendo que nos veamos en su domicilio. Le haré ver que es una cruzada política para impedir que triunfe y suba en mi carrera, y como los billetes de mil dólares son su debilidad, si ve que eso puede aumentar sus ingresos se mostrará encantada, deseando que esto dure mucho. Es la única solución que se me ocurre.

Zenker no mostró mucho entusiasmo por la idea, pero, comprendiendo que no había otra, repuso:

—No me gusta ver metidas a las mujeres en estos asuntos tan delicados. Siempre han sido la cuña que ha hecho saltar el bloque; pero sí de momento no hay otra solución, debemos aceptarla.

—Belle no se interesa en política. Sólo se interesa en joyas, vestidos y dinero. Por otra parte, no intervendrá en nuestras conversaciones y no sabrá nada.

—Pues bien, dese prisa. Cada minuto que pasa es un peligro para todos.

Harnold se apresuró a tomar la pluma, escribiendo una carta que decía:

«Querida Belle:

»Te supongo enterada por la prensa del atentado de que fui objeto ayer. Gente sin honor ni humanidad pretendió suprimirme por denunciar hechos monstruosos, y has estado a punto de perder a un hombre que te quiere de veras, a pesar de que algunas veces hayamos discrepado en asuntos ajenos al cariño.

«Para proteger mi vida, la policía me envía esbirros hasta dentro del santuario de mi

alcoba, y este deseo de protección, más que tal, es un deseo de conocer mis planes de combate para acabar con tanto inepto como nos gobierna. Tengo que salir al paso de la maniobra encubierta, trabajando a despecho suyo y laborando por mi encumbramiento definitivo.

»Para ello, no tengo más remedio que entrevistarme con mi secretario particular de Virginia, a quien la policía, por fortuna, no conoce, y que es quien me suministra información y me ayuda en mi trabajo. He pensado que tú, que eres una mujercita buena, tendrás interés en ayudarme a triunfar, ya que el éxito te alcanzará también a ti, y que me prestarás en ocasiones tu casa para cambiar impresiones con él.

«Te lo presento por medio de ésta. Es hombre culto, agradable y nada dado a meterse en asuntos íntimos. Espero que me brindes esa oportunidad de rematar mi obra, pues creo que no te molestaré muchas veces.

»Mi éxito será el tuyo, Belle. El atentado de ayer me ha hecho comprender que el hombre es tonto atesorando dinero, si un día

puede desaparecer del mundo sin haberlo disfrutado ni haber ayudado a los que lo merecen a que lo disfruten con uno. En prueba de mi comprensión te adjunto ese presente, que irá seguido de otros varios de los que a ti te hacen sonreír con esa sonrisa que es mi gloria.

«Espero verte mañana o pasado, cuando aclare un poco la situación y me dejen ocuparme de algo más que de política. Entre tanto, recibe la expresión cariñosa de este que no te olvida.

»Gregory».

Dio a Zenker a leer la carta. El secretario sonrió con ironía. También él había escrito algunas parecidas, y sus sueños de amor habían resultado agua recogida dentro de una red.

Metió los billetes en la carta, la cerró discretamente, y dijo:

—Me voy. Espero que todo resulte bien; pero si hubiese complicaciones, confíe en mí. Yo haré cuanto esté en mi mano para solucionarlas hasta que usted esté libre.

—Eso es lo que hace falta, señor Lane. No las tengo todas conmigo en estos momentos.

Zenker estrechó su mano y abandonó el hotel como si hubiese fuego dentro. Temía a cada momento ser descubierto, y conocía sobradamente a Texas para no ignorar que éste aprovecharía el momento para eliminarle.

Por fortuna, aún no se había desplegado el aparato policíaco que anunciaran, y pudo salir de allí burlando la vigilancia de sus enemigos.

CAPÍTULO IV

SIEMPRE LA MUJER…

AQUELLA noche, Born, disfrazado con el uniforme de uno de los policías que prestaban servicio en los alrededores de la Casa Blanca, salió de ésta para dirigirse al domicilio del amigo a quien debía hablar para ponerse en relaciones con Belle.

El disfraz le sirvió para pasar desapercibido, pues Zenker no se había dormido, y, utilizando los elementos afines de la población y su ingenio, había tendido una tupida red en torno al edificio, decidido a cazar a Texas en cuanto éste diese un paso en falso y les ofreciese semejante eventualidad.

Born se presentó en la casa de su amigo en aquella guisa, y el amigo, después de reírse de su tipo, le escuchó atentamente, y, cuando quedó enterado de todo, preguntó:

—¿Qué puedo hacer yo en este plan tan gigantesco?

—Mucho, Clark —afirmó Born—. Necesitamos ponernos en contacto con Belle Morgan, la amiga de Harnold. Las mujeres siempre han sido la Dalila de la Historia, y no queremos que haya excepciones. Sólo valiéndonos de ella podríamos conseguir algo. Tenemos solamente ocho días para resolver este problema, y el tiempo corre de un modo vertiginoso.

—Bien: yo estoy a tu entera devoción. Dime qué he de hacer.

Creo que Belle da fiestas en su casa. Tendrás que presentarme o presentar a Texas. Yo la conozco de vista, pero no la he tratado. Texas ni la conoce.

—Pues, cuando queráis, estoy a vuestra disposición. Si queréis que lo haga en su casa, esperaremos a que dé alguna fiesta, y si no, todos los días toma el aperitivo en «Soho».

—Sería preferible hacernos allí los encontradizos.

—Pues mañana a la una iré a «Soho» y me sentaré en su mesa. Tú entras, yo te reconozco como un provinciano que viene a Washington de turista y te presento. Si viene el capitán contigo, igual.

—Bien; pero no le presentes como Jim Texas; eso podría estropearlo todo. Le llamaremos Tommy Way; es corto y pegadizo. Way será un rico maderero del noroeste, que viene a gastarse alegremente los miles de dólares a Wáshington y Nueva York; quizá eso le deslumbre y pretenda cazarle.

—No es mala idea. El brillo de los dólares es el mejor talismán para ella.

—En ese caso, no hay más que hablar. Esta noche me quedaré contigo aquí. Cada vez que salimos a la calle, lo hacemos en compañía del sepulturero, y tenemos que evitarlo todo lo posible. ¿Tienes teléfono?

—Sí.

—Pues voy a llamar a Texas para advertirle. Conviene que esté preparado, y, si lo cree preciso, se procure un disfraz para el caso.

Llamó al despacho de Snock y puso a Jim en antecedentes de lo acordado. Texas dio su aprobación, y quedó con Born en encontrarse a la una en punto en la puerta del bar.

La dificultad mayor estribaba en salir de allí sin peligro y sin llamar la atención de los sectarios. Todos conocían su presencia en Wáshington, y Texas estaba seguro de que a aquellas horas un cordón de asesinos se hallaba movilizado para dar cuenta de él.

Pero, a pesar de ello, tenía que abandonar el despacho de Snock y acudir a la cita.

Aún más: necesitaba cambiar de ropa, prepararse un atuendo a tono con la personalidad que iba a adquirir a los ojos de Belle y variar su fisonomía.

Esto no era nada difícil. Snock se preocupó de encargar ropa y de buscar un peluquero de teatros, ducho en «hacer cabezas», y que cambió la de Jim de tal forma, que resultaría difícil reconocerle.

Tras estudiar bien el caso, se encontró la fórmula. Podía tener algún fallo, pero no encontraron otra.

Se buscó en el cuartelillo de policía próximo un individuo de un tipo parecido a Texas, y el mismo peluquero quedó encargado de «hacerle una cabeza» similar a la que había hecho a Texas. Se le vistió con idéntica ropa, y sobre las doce de la mañana llegó en un coche abierto ante la Casa Blanca, apeándose tranquilamente y entreteniéndose en dar órdenes al cochero, de forma que los espías que pudiese haber cerca se fijasen bien en él.

Un cuarto de hora después, Texas, substituyendo a su doble, salía del edificio tranquilamente, montando en el coche y alejándose. Si alguien trató de fijarse bien en él, no consiguió descubrir el cambio, y Texas pudo abandonar libremente la Casa Blanca, recobrando la facultad de maniobrar sin llevar enemigos a la espalda, dirigiéndose al lugar de la cita sin que se descubriese el truco.

Luego, Snock se había preocupado de buscarle un alojamiento seguro y bien vigilado, de manera que, al menos durante algún tiempo, perdiesen su pista y le creyesen escondido en su despacho, sin atreverse a salir a la calle.

En cuanto a Nino, que estaba desesperado por tener que permanecer encerrado sin actuar, Texas tuvo una idea peligrosa, pero acaso útil, que el mejicano aceptó encantado. Disfrazado de policía, y en unión de una docena auténtica de ellos, había sido destacado para formar parte de la patrulla que debía vigilar el domicilio de Harnold. Era una maniobra audaz, pero acaso la mejor, pues nadie sospecharía que el enemigo se había refugiado en su propia guarida.

Texas rió enormemente al ver su obesa humanidad embutida en el flamante uniforme, pero el mejicano estaba imponente con sus vestiduras, y, además, era un elemento decisivo si había que tomar alguna determinación violenta contra el diputado o sus secuaces.

Texas, después de darse un paseo en carruaje para hacer tiempo, se detuvo a la puerta de «Soho», donde ya Born, discretamente disfrazado, también le esperaba con impaciencia. Su valioso auxiliar

le vio descender del carruaje sin reconocerle, y fue para él una sorpresa cuando Texas, acercándose a él y desfigurando su voz, preguntó, marcando mucho el acento peculiar de los habitantes próximos al río San Lorenzo:

—Por favor. ¿Es éste «Soho»?

—Sí, caballero. Éste es.

Jim, recobrando su acento natural, añadió:

—Pues entremos, Born, que se hace tarde.

El aludido abrió enormemente la boca al darse cuenta de la verdadera personalidad de Texas, y exclamó, asombrado:

—¡Oh! Haría usted un actor envidiable, Texas. Ni el propio Diablo sería capaz de reconocerle.

—Gracias. Ha sido una excelente idea de Snock. Me ha servido para salir de allí burlando a los espías. Desde ahora podré moverme libre de ellos.

—¡Magnífico! Yo también. Veremos si nos dura mucho; pero, mientras, hemos de aprovecharlo. Cuando usted quiera.

El local era un bar suntuoso en uno de los lugares más discretos de la capital. Puesto de moda por la gente de dinero, se veía siempre frecuentado por hombres de negocios y de excelente capital, que tomaban el aperitivo antes de la comida, y luego, por la tarde, servía para tomar el té.

Lujoso en demasía, era amplio, con un segundo cuerpo dedicado a reservados. Arriba, en un magnífico estrado alumbrado con luces policromadas, una excelente orquesta ejecutaba música bailable moderna.

Born, caminando despacio, se adelantó, recorriendo con los ojos el local, como si buscase una mesa libre, pero, en realidad, lo que buscaba era a su amigo Clark y a Belle.

Por fin los descubrió en una pequeña mesa, en un lugar discreto, y dando con el codo a Texas, murmuró:

—Allí están, en aquel rincón. Ésa es Belle.

—Hace honor a su nombre —murmuró Texas.

Jim pudo apreciar que Belle era una mujer que aparentaba unos treinta años, aunque libre de afeites debía rayar en los cuarenta. Era una belleza estrepitosa, sin líneas suaves y discretas. Una belleza de escenario, ampulosa y llamativa, de ojos grandes y duros, labios sensuales, hermosa cabellera negra muy rizada, carnes blancas y

cuerpo bastante bonito, aunque pecaba de algo gruesa.

Poseía una magnífica dentadura que se cuidaba de exhibir riendo sonoramente por cualquier nimiedad, y podía afirmarse que en su vida particular procuraba teatralizarla para darla más atractivo.

Clark, que se había colocado de forma que abarcase bien la entrada, descubrió a Born en seguida, y, haciendo un gesto expresivo, exclamó:

—¡Oh, Belle! ¿Me vas a permitir que te presente a un par de amigos que veo por ahí buscando mesa? Son dos personas excelentes.

Belle, práctica, preguntó:

—¿De posición elevada?

—Bastante; en particular, ese que tiene aspecto provinciano y que se muestra orgulloso de su bigote negro. Es un maderero del noroeste que posee madera para entarimar Norteamérica y no saber qué hacer con lo que le sobra.

—¡Magnífico! Llámales.

Clark se levantó y, haciendo señas, indicó:

—¡Eh, James!… Por aquí, señor Way… Les ofrecemos un asiento y una excelente compañía.

Ambos se acercaron dando muestras de contento, y Texas, en su papel perfecto de hombre de dinero, exclamóˆ

—¡Oh, amigo Clark!… Mucho nos agrada este encuentro con un amigo como usted, pero… esta linda dama es algo que borra la visión del mejor amigo y le hace a uno olvidarse de él.

—Muy galante, señor Way —exclamó ella.

Texas, enfático, repuso:

—¡Cómo! ¿También usted me conoce? ¡Caramba! Yo no sabía que hasta en Wáshington conocían a Jimmy Way, el maderero más popular de la orilla del San Lorenzo.

Ella se mostró ingeniosa, diciendo:

—El olor a pino aromático que despide usted me ha hecho adivinar quién es. Cuando se habla aquí de maderas de pino excelente, su nombre es un fetiche.

Texas rió, diciendo:

—Pues celebraremos el encuentro con unas cuantas botellas de champán, y si ustedes no lo encuentran pesado, les invito a comer.

Estoy verdaderamente aburrido en esta ciudad burocrática, donde la gente sólo tiene tiempo para trabajar y muy poco para divertirse.

Belle aceptó. La perspectiva resultaba encantadora para ella, y se prometía un día divertido con aquel provinciano jovial y rumboso, que podía ser un buen elemento para sus distracciones.

Después de consumir unas botellas de champán, se dirigieron a un gran restaurante, donde el almuerzo fue apoteósico. Born y Clark, discretamente, se engolfaron en una discusión de Bolsa y valores, mientras Texas, con su dominio del mundo, mantuvo una conversación frívola e ingeniosa con la ex artista, cautivándola con su charla, en la que no olvidó aludir a sus grandes bosques, sus cientos de obreros, su rancho y sus miles de dólares inmovilizados en el banco estúpidamente.

A las seis, cuando se disponían a despedirse, Belle dijo:

—Señores, he pasado una velada agradabilísima, y me creo obligada a corresponder. Yo doy fiestas en mi casa casi todas las semanas, y me gustaría verles por allí; pero como ustedes son huéspedes excepcionales, les propongo que me honren mañana comiendo en mi mesa.

Clark, que ya había cumplido su misión, se excusó alegando unas visitas importantes que no podía desdeñar; pero Texas y Born aceptaron encantados.

La acompañaron en un coche hasta su domicilio, donde se despidieron cordialmente hasta el siguiente día.

Cuando se retiraban, Born preguntó a Texas:

—¿Cuál es su impresión, capitán?

—¿La mía? Que me perdone Stella, pero no creo que me costaría mucho trabajo desbancar a Harnold a costa de un pellizco a mi bolsillo. Me lo gastaré, pero para algo más práctico. Bien dijo usted que Dalila sigue imperando en el mundo. Espero que ésta sea la que le corte al rape las melenas a Harnold.

Al siguiente día, precedió a su visita una magnífica canastilla de flores, acompañada de un precioso estuche en el que se encerraba un magnífico broche destinado a la blanca garganta de Belle. La tarjeta de Way señalaba al autor de tan espléndido presente.

Belle, gozosa, ataviada con un precioso vestido de raso azul, les recibió con la más exquisita de las sonrisas, y, amenazando con el dedo a Texas, dijo:

—¡Oh, señor Way, es usted terrible!! Eso que ha hecho usted es excesivo. Mi modesto menú no vale tanto.

—Señora, no sé lo que valdrá su menú, pero sí sé apreciar el valor de nuestro anfitrión.

—Galantísimo, Way. Es usted un hombre de lo más encantador que he tratado en la vida.

—Es a la más encantadora de las mujeres a quien yo he tratado, Belle.

Ella sonrió complacida, y les hizo pasar al comedor. Un comedor moderno y elegante, adornado con gusto, pero de un modo chillón y cargadísimo.

Belle, luciendo el obsequio de Texas, parecía la más feliz de las mujeres, y dio orden de servir el almuerzo, que fue opíparo y bien elegido.

Se encontraban casi finalizando el almuerzo, cuando la doncella se presentó portando en una bandeja de plata una carta bastante abultada.

—Señora —dijo—, perdone, pero ahí fuera está ese caballero de la barba que le advertí que ha venido varias veces ayer y hoy. Dice que es urgente.

Ella, con un gesto de contrariedad, tomó el sobre, reconociendo al punto la letra grande y enérgica de Harnold.

Extrañada del peso, suplicó:

—¿Me permiten ustedes?

—Con mil amores, señora…

Belle rasgó el sobre, y, al abrirlo, descubrió los billetes en el interior, pero, dejándoles de un modo discreto, sacó la misiva, que leyó atentamente.

Luego, tomando una resolución, dijo:

—Dígale a ese caballero que en este momento tengo una visita que no puedo desatender, pero que venga a las ocho y le recibiré.

Los agudos ojos de Texas habían seguido de soslayo todos los movimientos de Belle, y al observar que solamente extraía del sobre la carta, dejando el resto del contenido, adivinó que se trataba de dinero, y, si era dinero, seguramente procedería de Harnold.

Discretamente, apuntó:

—Señora, por nosotros no deje de recibir a…

—No se molesten. Es algo sin interés para mí. Se trata de un

amigo de Gregory Harnold, íntimo amigo mío. ¿Le conocen?



Texas aprovechó la coyuntura para decir:

—No le conocí hasta ayer, por casualidad. Born quiso enseñarme el Parlamento, y asistí a la tumultuosa sesión. Es un hombre valiente y decidido.

—Sí, es un carácter. Si para todo fuese tan generoso como para prodigar discursos, sería adorable.

Texas rió comprensivo, diciendo:

—Es una frase lapidaria. Mi opinión fue siempre que la que está llamada a hablar mucho y dar poco es la mujer, porque su conversación vale de por sí un tesoro. En cambio, el hombre, vale más callando y dando, que hablando y guardando.

Ella, insinuante, preguntó, riendo:

—¿Practica usted sus propias teorías?

—Me vanaglorio de ello.

—Pues, siento no haberle conocido antes.

—Para conocerme, siempre es tiempo, Belle. Claro es que, habiendo por medio una gloria de la política…

—Es una gloria que hace tiempo se está eclipsando, y, al

parecer, se está dando cuenta de ello y trata de remediarlo, pero ¡lo hace tan pobremente!

—Hay hombres a quienes la suerte les pone a la puerta del Paraíso, y equivocan el camino, yendo derechos al Infierno. ¡No les compadezco, por tontos!

—Tiene usted razón. Harnold es de ésos. Hace tiempo que está equivocando el camino, y… si no fuera porque en este momento está abocado a un gran peligro…, creo que todo habría concluido ya.

—¡Ah, sí! Leí algo en la prensa. Yo me fui del Parlamento antes de terminar la sesión.

—Le han querido asesinar vilmente esos miserables chacales del «Ku-Klux-Klan»… ¡Eso es repugnante y execrable!

—Tiene usted razón. Me alegro que piense usted así.

—¿Quién honradamente no ha de pensar de esa manera?… Yo nací en el Norte; soy de Chicago.

—Y yo nací en el Maine; creo que no habrá duda sobre nuestros sentimientos en esa materia.

Ella, sonriendo, agregó:

—¿Vamos a dejar esto? Espero que todo se aclare y que Harnold salga bien de este trance. Cuando así sea y no necesite de mi modesta ayuda, todo habrá concluido. Es cosa decidida hace tiempo.

Levantándose, dijo:

—Perdonen un minuto. Voy a dar instrucciones para que nos preparen el café.

Belle salió, sin acordarse que había dejado la carta sobre la repisa de la chimenea. Texas, de un salto, se apoderó de ella, y de un rapidísimo vistazo se enteró del contenido, dejando la carta donde estaba. No había tenido apenas tiempo de sentarse de nuevo, cuando Belle regresaba, con la cafetera en la mano.

Texas se mostraba alegre y locuaz, y, tras tomar un par de tazas de café y unas copas, se levantó, diciendo: Señora, me perdonará, pero he de resolver un asunto con un fabricante de aquí. Tengo madera que colocar por medio millón de dólares, y no es de despreciar.

—¡Medio millón! Con eso, abandonaba yo Wáshington y me compraba una villa en Florida. Es mi sueño dorado.

Texas besó galantemente su mano, afirmando:

—¡Quién sabe! Cuando una mujer bonita tiene un sueño tan lindo… ¿por qué no confiar en que las hadas madrinas, lo satisfagan? Yo, si fuese mujer, tendría confianza en ello.

Belle, radiante de felicidad, repuso:

—Creo que seguiré soñando con él. Usted es tan optimista, que infunde esperanzas a cualquiera.

—Lo celebro. ¿Le parece bien que sigamos alimentando esos sueños esta noche con una excelente comida? Ahora me toca a mí corresponder, y me aburro tanto en esta ciudad de hombres aburridos, que sin este precioso encuentro creo que ya me hubiese muerto de hastío.

—Por mí, encantada de hacer una obra de caridad de ese calibre. Le parece bien en «El Emporium»?

—Me parece bien donde la tenga a mi lado.

—Gracias. En ese caso, venga a buscarme a las nueve. A esa hora ya habré terminado con esa visita tan inoportuna.

Él volvió a besar su mano, y, acompañado de Born, abandonó la mansión de la artista. La más viva satisfacción se reflejaba en su semblante.

Capítulo V

La eterna Dalila

TEXAS invitó a Born a que le acompañase al domicilio que Snock le había preparado. Se trataba de la villa de un amigo suyo próxima al río. El dueño acababa de partir para Chicago a resolver asuntos personales, y durante los quince días que iba a estar ausente dio permiso a sus criados, poniendo la villa a disposición de Snock.

Éste preparó una servidumbre compuesta de dos agentes masculinos y uno femenino, que, además de atender al servicio de Texas, podían velar por él y ayudarle en caso de necesidad.

Ya a solas en su habitación, Born comentó:

—Es usted terrible, Texas. Le han bastado dos horas para desbancar a Harnold en el corazón de Belle.

—Dirá usted en el portamonedas. Belle es ególatra, y sólo se quiere a sí misma.

—Aunque así sea. Ha tenido usted un éxito.

—Un éxito que le va a costar al fondo de gastos secretos de la Presidencia 250 000 dólares lo menos.

—¡Diablo! ¿No rebaja nada?

—Es en lo que taso la traición de Belle. Si quiere ganárselos, y querrá, tiene que ayudarnos a triunfar, y sólo lo puede hacer ella.

No creo que sea un gasto excesivo para el Tesoro. Movilizar unos cuantos policías cuesta eso.

—Tiene usted razón. ¿Cuál es su plan?

—Esta noche lo decidiré. Tengo que acabar de sondearla. Como habrá observado, lo único que le liga a Harnold es saberle amenazado por «Los Hijos del Diablo». Quiero explotar su sentimiento contra la secta.

—Hablando de todo un poco. ¿Qué decía la carta?

—¡Oh! Eso es lo que me tiene preocupado. Se ha dado cuenta de la trampa que le hemos tendido, y quiere evadirla aprovechando el domicilio de Belle para entrevistarse con su secretario. Éste será el encargado de informarle de todo y de cumplir sus instrucciones. Es un verdadero diablo.

—¿Quién es su secretario? —preguntó Born.

—No lo sé, pero haremos indagaciones. Creo que convendría que se diese usted una vuelta por los alrededores de la casa para verle entrar. Como ha oído, es un individuo con barba. Creo que no le será difícil localizarle.

—Bien. ¿Dónde nos vemos?

—Creo que le excusaré ante Belle de no poder acudir a la cena. El asunto, tratado íntimamente, dará más resultado.

—Bien. Cuidado con la sirena, Texas.

—No se preocupe. Estoy inmunizado. En el mundo no hay más que una mujer para mí, y estoy deseando regresar a su lado.

—Pues que tenga usted buena suerte. Voy a dar una vuelta por el hotel de Belle.

—Y yo voy a hablar por teléfono con Snock para que me facilite informes del secretario de Harnold y ponerle en antecedentes de lo adelantado.

A la hora indicada, Texas fue en busca de Belle, y en coche la llevó hasta el «Emporium».

La ex artista había vestido sus mejores galas y sus mejores joyas para la fiesta, pero en lugar preferente, como una promesa, lucía la que Texas le había regalado.

Éste solicitó un buen reservado para la cena. Tenía que hablar con la muchacha cosas confidenciales, y no quería que oídos indiscretos pudiesen captarlas.

Cuando se sentaron, y mientras ponían los manteles, Texas

comentó:

—Creí que no le permitirían acudir a tiempo a nuestra cita. Todo lo hubiese perdonado, menos que me robasen un minuto de estar junto a usted.

—Muchas gracias, señor Way. Es usted encantador. No; no me entretuvo mucho, porque no estaba dispuesta a ello. La visita era del secretario de Harnold. Quería hablarme de algunos asuntos de él.

—Excelente consejera.

—No lo crea. Gregory jamás me habla de política. Realmente, no podría analizar bien de lo que es capaz de hablar.

—Teniendo un secretario eficiente, éste siempre es el brazo derecho de los hombres importantes, y a veces, en la sombra, el más importante de todos.

—No le conocía —declaró ella—; es la primera vez que le veo, pero me ha hecho una impresión desagradable. Usa unas grandes barbas hasta el pecho, gafas obscuras, peluca plateada… Me ha hecho el efecto de un mascarón.

Texas tuvo que dominarse para no lanzar un juramento. La joven, sin darse cuenta, le había proporcionado una clave.

Por su mente vivaz había pasado una sospecha, y esta sospecha podía tener muchos visos de verdad. Aquel aparato descrito por Belle tan magistralmente sólo podía ser una máscara para ocultar un rostro, y este rostro sólo podía ser el de Zenker.

La situación empeoraba y mejoraba a la par. Aquella mujer iba a tener en sus manos los resortes de su éxito o su fracaso, y bien merecía la pena jugar aquella baza decisiva, cargando en la puesta un buen puñado de miles de dólares.

Sirviendo a la joven una copa de champán, levantó la suya en alto, diciendo:

—Belle, brindo por su hermosura, por su distinción, por su talento y por un hermoso chalet en Florida, donde su belleza encuentre el marco más adecuado.

Ella se ruborizó, contestando:

—Y yo brindo por su generosidad y su gentileza.

Texas atacó las viandas y ella le imitó febrilmente.

Las palabras de su acompañante habían sido una promesa taxativa, y en su mente sus sueños empezaban a adquirir

proporciones gigantescas.

Ya no le importaba Harnold, ni su secretario, ni el peligro que el primero corría. De haberle sido propuesto en aquel momento, abandonaría Washington en pos de Texas, segura de que con él volaba al Paraíso soñado.

Texas la vigilaba con el rabillo del ojo y adivinaba sus reacciones. Quería estar seguro de no equivocar el blanco, o todo se habría perdido cuando lo tenía al alcance de su mano.

Terminada la cena, se decidió. Belle, alegre y locuaz, hablaba como una cotorra, ayudando con ello a Texas a fijar el carácter de ella.

Servido el café, y cuando ya el camarero no tenía que entrar y salir en el reservado, Jim decidió lanzarse a fondo.

Encendió su magnífico cigarro de Virginia, y preguntó:

—¿Hasta dónde llegaría el cariño de usted por Harnold?

Ella rápidamente contestó:

—Estoy muy cansada. No daría un paso más por él.

—¿Está usted segura?

—Estoy esperando que alguien quiera ponerlo a prueba.

—Yo puedo intentarlo, Belle.

—Hágalo.

—¿Le molestaría si lo tratásemos en un plan comercial?

Ella, complacida, repuso:

—Realmente, no; al contrario. Me molestan los hombres vanidosos como Harnold, que creen que su posición es un imán que enciende el cariño como un explosivo. Las mujeres que, como yo, hemos desgastado el corazón en muchas pruebas, no poseemos rescoldos inflamables. Si algo puede encender dentro una pasión, ¡cuánto hay que soplar en él!

—¡Magnífico! Le juro que es usted una mujer tan interesante, que creo que nos vamos a entender estupendamente, pues, tan franco como usted, le diré una cosa. No pretendo encender hogueras en su corazón, porque el mío no me pertenece.

—Como mujer, debería molestarme eso que puede considerarse una humillación y un insulto, a mi amor propio, pero no lo hago porque es justa reciprocidad. ¿Qué puede querer de mí y por qué?

—Lo va usted a saber. Por eso le pregunté si le agradaría que tratásemos el asunto en un plan comercial. Yo soy un hombre que

sé elegir mis caprichos, valorarlos y tasarlos con generosidad.

—Espero que me lo demuestre.

—Voy a hacerlo inmediatamente. Usted me habló de ese chalet en Florida y de una vida independiente. ¿En cuánto tasa usted satisfacer su sueño?

Ella, después de meditarlo, repuso:

—En medio millón de dólares.

—¿No le parece que esa cantidad tan exagerada debe tener una compensación a tono?

—Me parece natural. Yo he pedido; usted aún no lo ha hecho.

—Bien; si, como le digo, no siento amor por usted ni se lo pido, ni usted se cree en condiciones de darlo, ¿cuál es su compensación?

—Una fidelidad absoluta al hombre generoso y saberse dueño, de una mujer que muchos apetecen.

—Pero que no cotizan tan alto.

—Cierto. Hay hombres de muy mal gusto.

—Quizá me tilde usted a mí como uno de ellos, pero voy a confesarle una cosa. Acepto el precio, no lo regateo si usted no regatea la compensación; pero aún he de añadir, para dar más valor a mi oferta, que nuestra relación sólo durará ocho días. Después, usted, con su medio millón en el bolsillo, queda en condiciones de aspirar a completarlo, si hay otro que esté dispuesto a ello.

Belle le miró con asombro, y exclamó:

—¿Ocho días?

—Ni uno más. Es el tiempo justo que dispongo para llevar a cabo mi misión.

Belle se envaró al oírle, y preguntó:

—¿Qué es lo que pretende usted de mí?

—Simplemente, satisfacer sus sueños lógicos de mujer que cuida de su vejez, procurándose un rincón apacible para ella y procurarle la satisfacción de prestar un valioso servicio a la Nación.

—No le entiendo, señor Way —exclamó Belle, alarmada.

Texas, inclinándose hacia ella, y bajando la voz, dijo:

—No hace mucho, la oí expresarse de modo exaltado contra esa repugnante secta de «Los Hijos del Diablo». Se jactó usted orgullosamente de ser del Norte y odiar a esos sapos crueles y asesinos. ¿Es eso cierto?

—¿Por qué no va a serlo? Mi padre murió en Carolina del Norte

asesinado por la secta, por haber pertenecido al ejército del Norte durante la guerra.

—¡Magnífico! Yo le voy a proporcionar, con ese medio millón de dólares, la ocasión de vengar esa muerte… Necesito su ayuda para desenmascarar al jefe supremo del «Ku-Klux-Klan».

Ella se le quedó mirando con ojos de asombro, y exclamó:

—¿Usted sueña? Eso es tan imposible como secar el mar sacando el agua con una concha.

—Se equivoca usted, Belle. Yo sé quién es el jefe. Tengo pruebas, pero no lo suficientemente abrumadoras para colgarle. Necesito algunas más tangibles, y solamente usted puede ayudarme a conseguirlo.

Ella, inquieta, le miró, preguntando:

—¿Quién es usted para interesarse tanto en ese asunto?

—Se lo diré si antes nos ponemos de acuerdo. Yo tengo en mi mano hacer su felicidad, esa felicidad con que usted tanto sueña. Ese medio millón lo tendrá usted en sus manos dentro de ocho días, mediante un contrato que firmaremos si usted se compromete a ayudarme de un modo sencillo y natural. No le voy a pedir actos heroicos, ni cosas que se salgan de su campo de acción. Necesito de la sutileza de una mujer como usted para alcanzar esa prueba, y usted es la que está en mejores condiciones para lograrlo. Si se compromete, le diré quién soy yo y quién es el hombre a quien hay que desenmascarar, pero tenga usted, en cuenta que una traición tiene como premio la horca. No soy yo personalmente quien lleva este asunto. Es el Gobierno de la Nación por mediación mía.

Ella se quedó mirándole fijamente, y resoluta afirmó:

—Dígame lo que va a exigir de mí, y le contestaré, con la garantía de que, si no acepto, mis labios quedarán sellados. El hecho de que ustedes persigan a los que mataron a mi padre, tiene ya todas mis simpatías.

—Pues escuche, y decida con arreglo a su conciencia. Mi nombre no le será desconocido. Me llamo Jim Texas.

—¡Oh! El capitán Texas… He oído hablar mucho de usted. Mi padre le admiraba enormemente.

—Gracias. El Gobierno me ha confiado la misión de dar el golpe de gracia a esos asesinos, y mi actuación hasta ahora ha sido bastante afortunada. He conseguido algunos éxitos rotundos, y

últimamente he ahorcado con mis propias manos a cinco jefes de la secta, en Virginia.

—¡Pero si Harnold aseguró en su discurso que esos hombres eran respetables ciudadanos que la secta asesinó!

—Harnold ha dicho muchas falsedades que le interesaba decir… Gregory Harnold es precisamente el hombre a quien trato de desenmascarar, porque es el jefe supremo de «Los Hijos del Diablo».

Belle, pálida como una muerta, se levantó, balbuciendo:

—¿Está usted loco? ¡No me diga semejante monstruosidad!

—Le juro que le estoy diciendo la verdad. Harnold se sabe acorralado, y se está jugando los últimos triunfos para salvar su vida. Escuche.

Y le contó algunos detalles de su odisea en Virginia, cómo descubrió la lista de los jefes en casa del juez, y cómo Harnold, al verse acosado, cambió el juego acusando a sus propios elementos para despistar.

—¿Y el atentado de que fue víctima? —preguntó ella.

—Ha sido una comedia muy bien preparada para despistar. Puedo enseñarle el informe técnico, que demuestra que el proyectil sólo contenía pólvora. Había que dar esa sensación sacrificando a un miembro de la secta para salvar al jefe. Él sabe que la red se estrecha, y está pugnando por romperla. Ahora, como su casa está vigilada, pretende convertir la de usted en su cuartel general. Esto, sin usted saberlo, ya era grave, por las complicaciones que podía acarrearle; ahora que lo sabe, puede dar con sus huesos en la cárcel si le secunda.

—¡Oh, me vuelve usted loca! —afirmó, asustada, Belle—. ¿Es posible que ese hombre…?

—Ese hombre es capaz de todo, y usted lo sabe. Ahora trata de seguir maniobrando en su casa. Ese secretario que le ha presentado es su lugarteniente. Un malvado aún peor que Harnold. Si se fija usted un poco en él, descubrirá que su barba es falsa, que sus gafas son para disimular sus ojos fríos y crueles, y su peluca, postiza. Es la hiena más grande del Universo.

Belle estaba aterrada. Las revelaciones de Texas le habían trastornado y no acertaba a decidir.

Por fin, preguntó:

—Caso de que acepte, ¿qué se va a exigir de mí?

—Nada que no sea normal. Que siga usted sus relaciones con Harnold, que le secunde en lo que le pida, que vigile sus movimientos y que… aprovechando su ascendiente, procure en alguna ocasión propicia registrar sus ropas en busca de algo que le comprometa. Si ese algo es hallado por usted, su misión habrá concluido. Harnold será encarcelado, al tiempo que el resto de los jefes, desarticulada la secta y deshecha. Usted permanecerá en el anónimo, sin que nadie sepa su intervención, y de modo inmediato tomará el tren y se dirigirá a Florida con medio millón de dólares impuestos en el banco a su nombre.

La oferta que se le hacía era tan tentadora, el servicio tan sencillo y patriótico, que, tras un momento de vacilación, replicó:

—¡Acepto, capitán! En sus manos encomiendo mi vida.

—Descuide, que estará tan protegida o más que la mía. He tenido ocasión de estudiarla en poco tiempo, y sé que es usted la mujer ideal para este servicio. No le pesará lo que va a hacer.

—Sí quiero creerlo, capitán. La vida es muy amable…

—Lo sé, y por ello todos hemos de hacer lo posible por conservarla; pero cuando la Patria nos exige exponerla, no seríamos dignos de ella si no acudiésemos a su llamamiento. Yo me he jugado la vida muchas veces por servirla, y lo haré tantas veces como me lo exija. En estos momentos, a muchas millas de aquí, hay una mujer joven y linda que suspira por mí, y que está a punto de ser madre, y, sin embargo, sacrifica su cariño, y acaso su felicidad, por tan noble causa. No creo que necesite exponerle ese ejemplo.

—No, no hace falta. Me he comprometido a ello, y cumpliré mi deber.

—En ese caso, escuche. Vamos a estudiar la situación y lo que debemos hacer para salir airosos de la empresa. Luchamos con enemigos astutos y despiadados, y debemos movernos con cautela. Yo tengo cogidos todos los hilos de la trama, y voy a ponerle al corriente de todo para que usted obre con seguridad.

Durante una hora Texas estuvo hablando quedamente, dándole instrucciones, adivinando posibles complicaciones en su cometido y saliendo al paso de ellas. Era un hombre tan sutil y tan vidente, que parecía adivinar hasta los más nimios detalles de cuanto pudiera suceder.

Belle le oía atentamente, y algunas veces tomaba alguna nota,

en su pequeño cuaderno. No quería olvidar nada que pudiese hacerle fracasar, y a Texas le agradaba su cautela, pues le parecía una garantía para el éxito de sus planes.

Ya a altas horas de la noche abandonaron el hotel para dirigirse a su domicilio. Belle, entusiasmada, mostrábase dispuesta a todo, y Texas sonreía encantado.

Capítulo VI

Cuando una mujer quiere...

EL carruaje de Harnold se detuvo a la puerta de la mansión de Belle, seguido de una escolta de cuatro policías, que se situaron a cuatro yardas de la puerta con la mano apoyada en las culatas de las pistolas.

El diputado, rabioso, estuvo a punto de dirigirse contra ellos en actitud violenta, pero, recapacitándolo mejor, se encaró con el jefe de la pequeña escolta, preguntando:

—Supongo que no tendrán orden de introducirse también en la intimidad del hogar donde me esperan.

—No, señor Harnold. Nuestra misión acaba en esta puerta. Si usted se metiese por su gusto en un lugar peligroso, suya sería la responsabilidad.

—Bien; en ese caso, le advierto que estaré aquí aproximadamente dos horas… Si quieren darse un paseo…

—Muchas gracias, pero nuestro deber es estar aquí hasta que vuelva a su domicilio. Si tardara más de lo prudencial, seríamos relevados.

Harnold se encogió de hombros. Ya sabía que ni por un momento dejaría de tener pegada a sus espaldas una escolta de

cuatro o seis policías.

De momento, no le preocupaba mucho, si no osaban impedirle que dentro de la casa de Belle maniobrase a su gusto. Más adelante, si las cosas se ponían mal, ya vería cómo, podía burlar aquella vigilancia.

Cuando pulsó el timbre del departamento de la artista, ésta salió a recibirle y, echándole los brazos al cuello, exclamó:

—¡Oh, querido! No sabes lo preocupada que me has tenido con tu carta de ayer. ¡Fué monstruoso lo que quisieron hacer contigo!

—No te preocupes; son maniobras políticas de baja estofa. Me temen en el terreno parlamentario, y, como me temen, tratan de eliminarme.

—Pero eso es indigno. A los hombres se les combate con legalidad y con sus mismas armas.

—¿Qué entienden ellos de eso? En fin, aceptemos las cosas como se presentan. ¿Vino mi secretario?

—Sí, pero hasta ayer no pude verle. No sabía nada de esto, y tuve un compromiso con unas antiguas compañeras de profesión para cenar con ellas. Una se casa dentro de pocos días, y tuvimos que ir a su domicilio a ver el ajuar y los regalos; luego, nos invitó a cenar; por cierto, que… yo debía regalarle algo bonito, ¿sabes? Fué una gran compañera y…

—Bueno, mujer, ya encontraremos algo bonito para ella y que te deje en buen lugar. No quiero que discutamos más por un puñado de dólares.

—No sabes cuánto te lo agradezco; pero debes comprender que el boato de una mujer de mi rango, que además goza de la protección de un hombre como tú, exige unos gastos excesivos.

—Bien, nos ocuparemos de eso. ¿Dices que mi secretario…?

—Te está esperando hace dos horas en un despacho que he improvisado para ti. Si has de despachar aquí tus asuntos, necesitas un lugar adecuado e independiente. Ya sabes que a mí la política no me interesa.

—¡Oh! ¡Eres una mujer ideal, Belle! Creo que debías preocuparte del regalo de tu amiga. ¿Crees que con cinco mil dólares quedarías bien?

—Pues… yo creo que sí; pero si costase algo más, ya te lo diría.

—Bien. Aquí los tienes; luego puedes salir a comprar lo que te

parezca.

—Gracias, Gregory. Veo que te estás dando cuenta de que no habría mujer que mejor se compenetrase contigo…

—Por supuesto… ¿Quieres llevarme donde me espera Lane?

—¿Se llama Lane? Es tan parco en palabras, que sólo me ha dado los buenos días por educación.

—Es discreto, y por eso me encanta. Un secretario ideal debe ser así.

Belle, precediéndole, atravesó un pasillo y le condujo a una habitación que había al fondo. Era un pequeño departamento coquetón y alegre, con una ventana a un patio soleado. La joven había instalado un pequeño buró, útiles de escribir, dos cómodos sillones y un pequeño bar portátil que poseía.

Harnold echó un rápido vistazo a la estancia, descubriendo en ella la sombría figura de Zenker, entretenido en escribir unas notas, y, volviéndose a Belle, exclamó:

—¡Magnífico, querida! Has estado soberbia adivinando lo que precisaba. ¿Me permites ahora que despache con mi secretario? Después tendremos ocasión de charlar.

—Puedes hacerlo sin prisa, Gregory. Precisamente anoche dormí poco, y voy a descabezar un sueño mientras.

—Muy bien. Ya te avisaré cuando termine.

Belle abandonó la estancia, y Harnold se apresuró a cerrar por dentro con llave.

Pero Belle no se dirigió directamente a su dormitorio como había indicado. Dando la vuelta por dos habitaciones a través de la puerta de comunicación, alcanzó una estancia cercana, en la que penetró silenciosamente, amparada en sus pantuflas, y, cerrando herméticamente la ventana, corrió una espesa cortina, dejando a obscuras la estancia. Luego, a tientas, se acercó a la pared, donde colgaba un lindo espejo encerrado en un marco sobredorado, y, corriéndole a un lado, un pequeño redondel de luz como un ojo se marcó en la obscuridad. Era un agujero practicado diestramente, difícil de descubrir al otro lado, pues un gigantesco búcaro de flores artificiales lo disimulaba totalmente.

Y Belle, sentándose pacientemente junto al orificio, se dispuso a escuchar, prólogo de su trabajo para ganar honradamente la fabulosa cifra ofrecida por Texas.

Harnold y Zenker, sentados en torno a la mesa, hablaban en voz baja; pero como un silencio impresionante reinaba en la casa, a Belle no le fue difícil captar todo lo que decían. Harnold, ansiosamente, preguntó:

—¿Qué noticias tiene usted que comunicarme?

—De momento, pocas, señor Harnold. Comuniqué la causa de su discurso en la Cámara a nuestros destacados jefes de estado, y he recibido algunas contestaciones aprobando su conducta: pero hay algo que me inquieta: algunas cartas han sido devueltas por ausencia de sus destinatarios.

—¿Qué sospecha usted?

—Muchas cosas graves. Un juez de Carolina del Sur ha sido trasladado de modo fulminante a Oregón; otro de Florida, ha recibido orden de pasar a Montana; un prestigioso banquero de Alabama ha sufrido un accidente mortal conduciendo su carruaje. Alguien espantó sus caballos y se precipitó por un abismo; a un tabaquero de Georgia se le ha prendido fuego en la plantación y la finca de modo tan fulminante, que el propietario ha sufrido quemaduras gravísimas… Sospecho que ha empezado una cruzada sorda contra los jefes que figuraban en la lista, para desarticular la organización.

—¡Por el Infierno! Y nosotros impotentes para evitarlo… Pero no, no nos desorganizarán. Nombraremos inmediatamente quien les substituya, y, si es preciso, organizaremos una represalia tan feroz, que ellos mismos tiemblen de lo que han provocado.

Habrá que estudiarlo. El caso es grave.

—¿Qué noticias tiene usted de las actividades de Texas y sus ayudantes?

—Ninguna, y me preocupa. Según nuestra red de espías, no han salido de la Casa Blanca. Yo no sé si están moviendo sus peones desde el despacho del secretario, o han encontrado un ardid para salir. Nuestra gente es lo más eficaz que hay aquí, pero pudiera ocurrir que no lo fuera lo suficiente para vigilar a hombres de ese temple y sagacidad.

—Tiene usted razón. Nuestra mejor gente está en el Sur.

—Claro es que, si están allí metidos, nada se puede intentar contra ellos, y si han logrado salir, lo difícil es localizar su pista mientras no se muevan en algún sentido que nos oriente. Es un

fastidio, pero si nosotros no adelantamos nada, tampoco ellos parecen ganar terreno.

—Estarán esperando a ver si se produce algo extraordinario que les dé alguna prueba. Tengo miedo de que, alguien ignorante de lo que sucede, pueda enviar algún mensaje o algo que sirva de arma a nuestros enemigos. Tengo la seguridad de que toda la correspondencia mía pasa antes por sus manos.

—Lo que yo temo —afirmó Zenker ansiosamente—, es que verifiquen algún registro a fondo en su casa y descubran la documentación secreta de la organización.

—Bueno… —repuso sonriendo Harnold—; les desafío a que lo hagan. Ya he previsto eso, y hace tiempo que tengo tomadas mis medidas. Tendrían que demoler la finca, y aun así… dudo que la encontrasen.

—Eso me tranquiliza en parte, pero opino que quizá fuese más seguro sacarla de allí y ocultarla en otro lugar, lejos del alcance de esa gente.

—¿Cómo? Es muy expuesto sacar ahora nada. Un día podían sentir el deseo de registrarme o registrar al que la sacase, y entonces sí que todo se habría acabado. No; hay que dejarla donde está. Por ese lado ya le digo que estoy bastante tranquilo.

—Bien; de momento, no hay más. ¿Cuándo debe usted volver al Parlamento?

—Mañana por la tarde. Tengo que continuar el debate sobre el asunto de los fondos del banco. De lo otro, nada se puede hacer hasta que se cumpla el plazo pedido por el Gobierno. Quisiera saber en qué se fundan para asegurar que dentro de siete días harán revelaciones sensacionales a la Cámara.

—Y yo; pero… conozco a Texas. Si ha sido él quien indicó al Gobierno que así lo asegurase, me temo muchas cosas en estos días. Texas es de los hombres que pocas veces prometen nada en vano.

—Tendremos que resignarnos a esperar. Es desesperante, pero no hay otra solución. ¡Ah!… ¿Dónde se hospeda usted? Puedo en cualquier momento necesitarle, e ignoro el sitio de su alojamiento.

—Me hospedo en el «Hotel Atlántida», cuarto número 148. Ya sabe mi nombre: James Peack, profesor de Filosofía de la Universidad de Virginia. Tengo teléfono, el B. 56 456; pero, si se ve obligado a llamar, no lo haga desde su domicilio y no diga nada

comprometedor, a menos que yo inicie la conversación.

—Conformes. ¿Algo más?

—No; estoy estudiando la manera de poder tender una trampa a Texas, pero no doy con ella. Tendré que forzar mi imaginación a ver si lo consigo.

—¿Cuándo cree usted que podemos reunirnos?

—No lo sé; todo depende de lo que se sepa; pero, en caso preciso, yo le avisaré.

—¿De qué manera?

Cuando reciba usted una invitación para algún acto oficial o artístico, una exposición, una reunión, algo normal, tome la hora de la citación y el día y acuda aquí. Ese será el aviso.

—Muy ingenioso. Lo tendré presente.

—En ese caso, creo que debe usted marcharse. Yo no puedo salir de aquí mientras estén abajo los policías que le escoltan. Podrían sospechar de mí, y entonces todo se habría perdido.

—Es cierto. Bien; voy a decir a Belle que hoy no me puedo quedar. En seguida me voy.

Belle, que no había perdido ni una sílaba de la conversación, comprendió que se iban a despedir, y, abandonando rápidamente la estancia, se dirigió a su dormitorio, tumbándose sobre el lecho con un libro al lado.

Momentos después, Harnold llamaba a la puerta.

—Pasa, querido —dijo Belle—. ¿Ya habéis terminado?

—Sí, preciosidad. ¿Has dormido?

—No; me tienes preocupada, Gregory. Temo que puedan repetir ese atentado.

—No podrán, Belle. Tengo cuatro policías custodiando mi preciosa persona.

—Eso ya me tranquiliza. ¿Se ha ido ya la esfinge de tu secretario?

—No; no puede hacerlo hasta que yo me marche y se vaya la policía conmigo; por eso me veo precisado a dejarte, para que él pueda salir; pero te prometo venir un rato mañana por la mañana, antes de ir al Parlamento. ¿Quieres darme de comer?

—¿Por qué no, Gregory? Te espero a la una. Hasta las cuatro que empieza la sesión, tenemos tiempo de charlar un rato.

—Bien, nena; hasta mañana. A ver qué eliges para el regalo de

tu amiguita.

—Procuraré quedar a tu altura.

Él se despidió, desapareciendo. Belle desde el balcón le vio partir en el coche, sonriendo al observar cómo los policías, muy graves, caminaban en un coche tras él.

Poco después, Zenker abandonaba el despachito.

—Adiós, señora; me voy, y muchas gracias.

—De nada, señor. Cuide usted bien de la vida de Gregory —dijo graciosamente—. Me interesa tanto como la propia.

—Descuide, que su vida es la mía. Adiós.

Y abandonó la casa con la gravedad que se había impuesto.

Cuando le vio cruzar la calzada y estuvo segura de no ser oída por nadie, tomó el teléfono y llamó al domicilio donde Texas se guarecía. Jim, que tenía noticias de la entrevista de Harnold con Zenker, ardía en impaciencia ante la tardanza en recibir noticias de Belle.

No temía una traición de ella. Estaba seguro de que la tentadora oferta era un talismán para obligarla a secundar sus planes, pero el tiempo corría y no se adelantaba nada en sus planes.

Sabía que en cualquier momento podía hacer detener a Zenker, pero era la única vez que no le interesaba hacerlo. Le estaba sirviendo de cebo, y con el cebo quería pescar al pez gordo.

Cuando recibió la llamada de Belle, preguntó, nervioso:

—¿Buenas noticias?

—Malas al menos no son. Si quiere, se las comunico por teléfono, y si no, dígame cómo.

—Mejor será que cenemos juntos. A lo mejor, conviene trazar algún plan.

Aquella noche cenaron de nuevo en «El Emporium», y Belle le dio cuenta detallada de la conversación que Harnold y Zenker habían sostenido.

—¡Magnífico! —comentó—. Algo se adelanta. Creo que tendré que substituir a usted algún día en ese precioso observatorio.

Ella se asustó al oírle.

—Es muy peligroso —afirmó—. Gregory anda por toda la casa y podría sorprenderle.

—Ya arreglaríamos eso. De momento, me basta con que usted registre tan bien en su memoria estas entrevistas… ¿Dónde podrá

tener ese sapo, ocultos los documentos?

—¡Quién lo sabe!

—¿Cree usted que en algún momento de intimidad podría hacer que se lo confesara?

—No lo creo ni podría insinuárselo, puesto que cree que ignoro que pertenece a la secta.

—Es cierto. Acabo de decir una tontería. Al lado de una mujer así, es fácil perder la cabeza.

—No me corteje, que no me lo voy a creer.

—Pero un elogio a su belleza y a sus dotes, sí me será admitido.

—Bueno, oye una, tantas mentiras, que una más…

Texas, que se había quedado meditabundo, exclamó de repente:

—Usted es una mujer valiente, Belle. ¿Por qué no me ayuda a jugar una carta decisiva?

—¿Cuál? —preguntó ella, alarmada.

—Es más espectacular que peligrosa, pero no quiero forzarla sin pleno convencimiento. El tiempo pasa… Todo lo que estamos averiguando es muy útil, pero a carrera larga; y el tiempo para nosotros es oro. Si supiese el escondite de esos documentos, todo estaría arreglado y usted habría ganado su comisión; pero no es así, y hay que forzar los procedimientos. De todas formas, yo me expondré antes que usted. Mañana, mientras Harnold come con usted y está en el Parlamento, voy a intentar verificar un registro buscando en los lugares más inverosímiles; pero, si fracaso, usted podría seguramente soslayar el apuro.

—Dígame cómo. Sí creo que debo hacerlo, lo haré; si no… Se lo diré con franqueza.

—Pues la cosa es muy sencilla. Yo le voy a proporcionar un disco de cartón con una inicial, un número y un dibujo. El dibujo es un capuchón con dos agujeros para los ojos. ¿Sabe lo que eso significa?

—Sí; es el emblema del «Ku-Klux-Klan».

—Justamente, y esa chapa es la contraseña que acredita a su poseedor de ser miembro de la secta.

—¿Para qué quiero yo eso?

—Para una jugada maestra. Usted, de una manera incidental, hará que Harnold descubra ese disco en su poder. Usted finge sobresaltarse, y hasta debe rogar que no la descubra, pero puede

justificarse diciendo que los del Norte mataron a sus parientes, y usted en venganza, se afilió a la secta. Entonces, Harnold se descubrirá a usted, se sentirá más seguro en su casa y a su lado, y hasta es fácil que le haga partícipe de sus secretos. Este golpe teatral haría variar la cuestión.

—Me pide usted una cosa peligrosa, Texas.

—Simplemente, asegurar medio millón de dólares y cobrarlos dentro de tres o cuatro días.

—¿Está usted seguro?

—Apostaría mi fortuna a que sí.

—¿Qué debería hacer en tal caso?

—Creo que es mejor que lo deje a su intuición y discreción. Las circunstancias suelen mandar muchas veces sobre las normas. Obraría usted con arreglo a como él se manifestase.

Belle dudó un momento con su temor. Sabía lo peligrosa que era la secta, y temía ser una víctima más de aquellos seres crueles y sin conciencia.

Pero la valentía de Texas le contagiaba. Él acababa de asegurar sencillamente que iba a intentar el registro, y ella no quería ser menos brava que el capitán.

Con resolución, contestó:

—Bien; vea si encuentra esos documentos, y si no lo consigue, deme ese disco y detalles para que no me cojan en falta, en bien de todos. De lo demás me encargaré yo.

—¡Bravo! Es usted una mujer de mi temple. No soy amigo de hacer promesas vanas, pero creo que, si todo sale bien y sin baches, conseguiré que mi amigo el secretario de Estado aumente un pico regular a lo ofrecido.

—Gracias. Me interesa el dinero, no lo niego —es mi porvenir para cuando mi belleza esté en baja—, pero en este asunto hay algo más que egoísmo por mi parte. Es un deber de ciudadanía prestar esa ayuda.

—De acuerdo. Yo lo hago exponiendo mi vida sin retribución alguna. No puedo hacer más.

Texas acompañó a Belle a su casa, y se retiró a la suya a dar cuenta a Born de lo acordado. También llamó a Snock, advirtiéndole lo que intentaba hacer, para que diese orden de ser secundado.

Capítulo VII

Una comedia peligrosa

AL siguiente día, como Harnold había prometido, se presentó en casa de Belle a la una en punto. Muy ufano, había adquirido algunas golosinas y un precioso ramo de flores, que entregó a la artista.

Ésta, con un mohín picaresco, comentó:

—No te conozco, Gregory. ¿Qué tábano te ha picado para que te estés transformando así?

—Ninguno, Belle. Ha sido una visión fugaz que me ha hecho ver la realidad de la vida. Un hombre qué ha cumplido los cuarenta, y que, por suerte, ha conseguido resolver el problema de su vida, debe vivirla y gozarla antes de llegar a viejo y que el dinero no le sirva para nada.

—Menos mal. Si te descuidas, te enteras de eso cuando se te juntasen los años y el dinero.

—¿Quieres que no hablemos más de eso? He rectificado, y baste. Tengo apetito, Belle.

—Pues la mesa espera, querido.

La comida fue opípara y agradable. Harnold se mostró cariñoso y prometedor, y ella, mimosa y lagotera, pareció ir recobrando el

ascendiente que sobre él tenía.

Terminada la comida, Belle exclamó:

—Se me olvidaba. Voy a enseñarte la joya que he comprado para mi buena amiga.

Abrió su bolso y extrajo de él un precioso estuche que, al abrirlo, mostró un lindo broche de brillantes. Era un capricho que Belle poseía y que ahora había tenido la satisfacción de ver cumplido a costa de la forzada generosidad de Harnold.

—¿Te gusta? —preguntó.

—¡Magnífico, Belle! Tienes un gusto exquisito.

—Pero tú eres el responsable de él, Gregory. A mí me gusta mucho. Tuve que discutir una hora con el joyero para conseguir que me lo dejase en seis mil dólares.

Harnold no comentó nada, limitándose a sacar de la cartera un nuevo billete de mil dólares.

Ella protestó:

—No te lo he dicho para que abonases la diferencia, que estaba dispuesta a sufragar yo, sino para que apreciases si me han engañado.

—No; está bien, querida. Es una joya que lo vale.

Me alegro que opines así… En pago, te voy a obsequiar con una taza de café elaborado por mí como no le has tomado nunca. Perdona cinco minutos.

Se levantó rauda y arrojó sobre el abierto bolso el estuche, desapareciendo del comedor. Harnold quedó a solas, meditando sobre lo caro que le estaba costando mantener aquel respiro en su lucha contra sus enemigos.

Distraído, fijó sus ojos en el bolso, y por curiosidad sintió la tentación de registrarlo. Belle lo había dejado abierto; señal de que nada extraordinario contendría, pero era una curiosidad para distraer el rato.

El bolso, grande, con diversos departamentos, contenía ese sin fin de chucherías que las mujeres guardan en tales adminículos: la polvera, la borla, un frasco de esencia, un pañuelo de fina batista bordado a mano, algunas fotos un poco ajadas de cuando Belle era la atracción de los escenarios, etc.

También descubrió algunas de las joyas de Belle, y entre ellas una que le llamó la atención. Se trataba de un bonito dije de oro

grabado, que abrió intrigado.



El dije encerraba un retrato de hombre; era el retrato de un militar vistiendo el uniforme de los sudistas durante la guerra. Esto le llamó la atención, y supuso que se trataría de algún pariente de Belle, acaso su padre. El dije contenía una doble tapa, se adivinaba por la ligera muesca grabada para meter la uña y abrirlo, y, sin respetar la intimidad de la alhaja, manipuló en él y lo abrió.

Al hacerlo, algo que descubrió en el interior le obligó a abrir los ojos desmesuradamente, frotándoselos con una mano, como si quisiera apartar de ellos algo que le impedía ver bien, pero la visión fue la misma. Lo que encerraba el dije era una chapa redonda, de un cartón granulado especial, con una letra y un número por un lado, y por otro el gráfico emblema de la secta de «Los Hijos del Diablo».

Fué tal la sorpresa que le causó descubrir que Belle pertenecía a la organización por él presidida, que se quedó con el disco en la mano, dándole vueltas mecánicamente, ponderando la utilidad real que para él podía tener, aquel descubrimiento.

Súbitamente, la puerta se abrió en silencio y Belle apareció con la cafetera humeante en la mano. Al dirigir la vista hacia Harnold y descubrirle junto al bolso con el dije en la mano y éste abierto, medio arrojó sobre la mesa el adminículo y, abalanzándose igual, que un gato montés sobre Harnold, trató de arrebatarle el dije.

El diputado, más que oírla, la presintió, así como el ataque, y con un rápido movimiento de manos escamoteó el dije de la zarpa de Belle, quien, al fracasar en el intento de hacerse con la joya, se sintió más irritada y forcejeó con él para rescatarla.

Pálida y furiosa, rugió:

—¡Canalla!... ¡Cobarde!... ¡Eso no es de hombres! ¡Mis intimidades me pertenecen a mí sola!

Él, al observar la fiereza de la joven, y temiendo que le clavase las uñas acosada por la furia, trató de poner entre ambos la mesa, diciendo:

—No seas estúpida, Belle; fue una curiosidad que no encerraba malicia alguna... ¿Quieres decirme qué significa esto?

Ella, medrosa, gritó;

—¡No!...

—¿Quieres que te lo diga yo?

—¡No!...

—Y, sin embargo, es necesario que hablemos de esto... por tu propio bien.

Ella, desesperando poder rescatar el dije y su contenido, se dejó caer sobre una silla y, tapándose el rostro con las manos, gimió:

—¡Ya me es igual! Puedes hacer lo que te dé la gana... Yo sé que no respetarás ni el que te haya querido sin importarme quién eras ni cómo pensabas... e incluso si no pensabas como yo...

Él, al verla vencida y humillada, se acercó cariñosamente y, pasando su ruda mano por la rizada cabellera de la ex artista, exclamó:

—Vamos, Belle, no me juzgues tan mal. Tú sabes que te he querido como mujer, y nada me ha importado pensar en tus sentimientos políticos.

Ella se justificó entre suspiros:

—No son políticos, Gregory; tú no lo comprenderías; son de índole más delicada. Ese retrato que ves ahí es el de mi padre; fue oficial del ejército de Lee. Le fusilaron los del Norte, embargaron

nuestras propiedades, mi madre murió a disgustos… Hay una razón sentimental más fuerte que el sentido político para que yo pertenezca a esa secta… Claro que tú no puedes comprenderlo. Eres de Virginia, y, sin embargo, no estás al lado de los que tanto han padecido y aún padecen bajo la tiranía de los vencedores… No… No puedes comprenderlo.

Él, extremando sus muestras de cariño, repuso:

—¿Y si te dijera que sí?

—Me costaría trabajo creerlo, Gregory… Quizá lo hicieras por mí como mujer, no como criatura libre de encantos seductores. A ti te han querido asesinar por combatirlos, eres el paladín de la cruzada contra nosotros, yo he sospechado siempre que tú sabías algo de mí y que por eso habías intentado suprimirme cuando aquel accidente. He querido romper contigo precisamente por eso y, sin embargo, algo superior me atraía… ¡Qué disparate más grande he cometido!

Harnold, orgulloso de oírla, pues su vanidad le hacía creer que Belle estaba ciegamente enamorada de él a pesar de su desmedido egoísmo por el dinero, le obligó a levantar el rostro mostrando sus ojos, en los que brillaban algunas lágrimas, y exclamó:

—No tienes derecho a pensar eso de mí, Belle. Te juro de nuevo que aquello fue una figuración tuya. Jamás sospeché que pudieses pertenecer al «Ku-Klux-Klan», pero ahora que lo sé, te pido que no tengas temor alguno.

—Sí, Gregory…, quizá en este momento te sientas inclinado al perdón, pero cualquier día… ¡Oh, no; no quiero morir tan joven! Si queda algo de cariño hacia mí en tu corazón, déjame huir. Dame tiempo a que salga de América para Europa.

—Nada de eso, querida. Tú seguirás aquí, a mi lado, y nadie osará tocar a un solo cabello tuyo…, al menos por parte de tus enemigos.

—¿Quién puede garantizarme eso, Gregory?

—Yo —repuso él enfáticamente.

—¿Tú, por qué, con qué fuerza?

—Con la más grande que hay en la nación, con la del poder de «Los hijos del Diablo», cuya fuerza yo sólo puedo mover en cualquier sentido.

—¿Tú? —preguntó ella, fingiendo un gran asombro.

—Sí, Belle; porque el jefe supremo de la secta soy yo.

Ella se levantó como impulsada por un resorte y, mirándole llena de espanto, balbució:

—¿Tú?… ¿Tú el jefe de nuestra secta? ¿Por qué tratas de engañarme? ¿El jefe, y la has combatido en el Parlamento tratando de excitar al gobierno para que los extermine a todos?

—Poseía razones especiales para hacerlo así, Belle… Tú no sabes nada de lo que sucede. Te crees amenazada porque yo he descubierto tu secreto y el que está abocado a una grave catástrofe soy yo. Ellos lo saben, Belle… Hay un elemento terrible llamado Jim Texas, que fue capitán nordista, que ha descubierto el secreto. Él fue quien ahorcó a los jefes de Virginia y descubrió la lista de los jefes, que yo, como presidente, encabezo. Tenían razón al acusar a los muertos como jefes de la secta… Texas buscó una prueba sólida para acusarme y como no la posee, la busca. Yo, de acuerdo con mi secretario, el único jefe de Virginia que escapó con vida, acusé a la secta y hasta preparamos aquel falso atentado que sólo fue una comedia. Esto les ha detenido y les tiene rabiosos, porque no pueden acusarme, pero me buscan las vueltas. Más que custodiado para que no atenten contra mí, estoy preso disimuladamente de la policía, por eso te supliqué que me prestases tu casa para entrevistarme con Lane y poder trabajar para burlar sus planes. Esta es la verdad, Belle, puedes creerme.

Ella, fingiendo hallarse aún muy asustada, repuso:

—Perdóname, Gregory; me estás diciendo cosas tan raras y absurdas, que a pesar de la confianza que tengo en ti, me cuesta trabajo creerte…, perdóname…, pero tienes un medio de tranquilizarme y hacerme la más feliz de las mujeres. Demuéstrame con algo intangible que eres nuestro jefe supremo, y no sólo lo creeré, sino que te adoraré con unción.

Él preguntó indeciso:

—¿Tú crees que esos documentos pueden llevarse encima cuando uno se sabe acusado y vigilado estrechamente?

—Quizá no…, pero… alguna forma habrá de hacerlo. Gregory, por lo que más quieras, no me dejes en esa duda. Es muy grave todo esto para que yo quede tranquila con una afirmación sin pruebas. Si eres el jefe, comprenderás que un afiliado no puede fiarse sólo de la palabra de nadie. Esto podría ser la causa de una catástrofe para

muchos.

Él, dándose cuenta de la razón, y en un momento de orgullo repuso:

—Está bien, incrédula. Como mujer que dice quererme, me infieres un agravio dudando de mis palabras, pero como miembro de nuestra secta, apruebo tu recelo. Mira… —Se sentó en una silla y se despojó de un zapato, entregándoselo—. ¿Qué ves ahí? —preguntó.

Ella examinó ansiosamente el zapato, palpando el cuero, y lo devolvió diciendo:

—Nada.

—Y, sin embargo, ahí está la prueba.

—No la descubro, Gregory. ¡No me atormentes más!

Él tomó el zapato, maniobró en el tacón, y la mitad de éste se corrió a un lado, dejando descubrir en la otra mitad un pequeño hueco redondo. En el interior había un disco, parecido al de Belle, pero éste, además tenía dibujado dos calaveras y una horca.

—¿Te convences ahora? —preguntó.

Ella, radiante, le abrazó con pasión diciendo:

—¡Ay, Gregory, que peso me quitas de encima y qué feliz me haces con eso!… Tuya es mi vida, querido.

Él cerró el zapato de nuevo, diciendo:

—Bien, Belle; me alegro de ello, pero tengo que reprocharte tu imprudencia guardando ese documento tan peligroso, en un bolso tan al alcance de cualquiera.

—Tienes razón, pero te diré la causa. Yo tengo un lugar secreto para él, difícil de descubrir, y te lo enseñaré; pero tienen que hacer un arreglo en mi alcoba y temí que pudieran descubrirlo. Por eso lo saqué junto con mis mejores joyas. Éstas están en mi caja del Banco, pero ni allí lo creía seguro. ¡Fué una fatalidad!

Le condujo a su alcoba y le mostró el lecho bien conocido de él.

—¿Puedes decir dónde guardo mis alhajas?

Él examinó todo y contestó:

—No.

—Pues verás. —La cabecera del bronceado lecho poseía un medallón esculpido, muy lindo, y de una cuarta en redondo. Por medio de un resorte ingenioso se abría, dejando al descubierto en el interior un hueco almohadillado.

—Aquí lo guardo todo, Gregory; pero tienen que arreglar el colchón y lo saqué en previsión de que pudieran descubrirlo.

—Bien, querida —dijo él satisfecho—, vuelve a guardarlo ahí y deja ese arreglo para dentro de unos días. Lo principal es que nadie lo descubra. Podrían sospechar de ti por nuestra afinidad y practicar un registro.

Belle escondió el disco en el medallón y regresó con Harnold al comedor.

—Se está enfriando el café —dijo—. Nos conviene una taza.

Lo sirvió, al parecer más tranquila, y Harnold, mientras lo saboreaba, preguntó:

—¿Qué servicios has prestado a nuestra secta, Belle?

—Algunos sin gran relieve. Informes confidenciales, ya sabes…, lo que una mujer puede sacar de un hombre cuando éste está enamorado. Tan sólo una vez provoqué la ruina de un tipo que fue gran perseguidor de los esclavistas. Creo que terminó arrojándose a un lago.

—Bien, en esta ocasión te cabrá la gloria de prestar un más destacado servicio. Tú serás la pantalla que cubra nuestra labor para defenderme y defender la secta. Terminaremos con Texas, nuestro mortal enemigo y… ¡Por cierto que se me ocurre una idea!

—¿Cuál?

—Tenderle un lazo a ese chacal por mediación tuya. Ese es tú más fácil trabajo, Belle.

—Bien; tú sabes que soy vuestra esclava.

—Ya te diré cómo se puede intentar. Es algo que tengo que planear con Lane. Lane es el hombre más astuto de la tierra y encontrará la fórmula. Él fue quien inventó el truco del atentado.

—¡Oh, fue algo ingeniosísimo!

Harnold consultó su reloj de oro. Eran más de las tres.

—Lo siento, querida, pero tengo que ir al Parlamento.

—¡Que rabia!… Me alegraría que dejases la política y te consagrases sólo a mí.

—No puedo, Belle. Ahora menos que nunca. Estoy sentado sobre un volcán y tengo que cuidar que no explote. Quizá si se conjura el peligro, vayamos a Europa a dar un paseo para que se olviden un poco de mí. Estoy seguro de que si no pueden probarme nada, de aquí a ocho días, como han prometido, organicen algún atentado en

serio.

—¡Oh, sería horrible, Gregory! Tienes que evitarlo.

—Bien; de momento creo tener media docena de días de seguridad personal, después…, ya veremos.

Se despidió cariñosamente de ella y fue acompañado hasta la puerta. Luego, Belle se asomó al balcón, viéndole marchar hacia el Parlamento. El coche de la policía, que había estado esperándole pacientemente, arrancó tras él.

Cuando hubieron desaparecido, el rostro de Belle, que había sido una máscara durante toda la comedia, se transformó. Ahora sentía asco y repulsión hacia aquel hombre falso, cruel y despiadado, y se preguntaba si podría poseer ánimos y voluntad para seguir aquella farsa tan peligrosa.

Pero la indignación le dijo que sí. Ahora había reconocido la verdad de las afirmaciones de Texas. Gracias al ingenio de éste, todo se había aclarado y sabía que no actuaba con engaños.

Rápidamente tomó el teléfono y llamó a la morada de Texas, pero éste no estaba. Únicamente pudo ponerse al habla con Born.

—¿Dónde puedo localizar al señor Way? —preguntó.

—En este momento en ningún sitio, Belle. Está realizando una gestión muy importante.

—Bien, cuando regrese, dígale que me llame. Tengo para él grandes noticias.

—¿Puede adelantarme alguna?

—Cuando se invente la telepatía sin interferencia —dijo ella y colgó el aparato.

Capítulo VIII

Un registro infructuoso

NINO, convertido en guardián de la morada de Harnold, había recibido instrucciones concretas de Texas para realizar en el interior ciertos trabajos que pudiesen ayudar cualquier gestión que se intentase allí dentro. Una de sus misiones, era sacar un plano de la casa dentro de lo que su libertad de movimientos le permitiese, anotar los lugares factibles de poder ser vulnerados y registrar las costumbres de los criados, sus ausencias y los lugares menos frecuentados por éstos.

Nino, cada vez que era relevado de su servicio, entregaba un informe a Snock con lo descubierto, y el secretario guardaba los datos a disposición de su amigo. Así, cuando éste decidió verificar un registro en la casa y solicitó todos los apuntes, los hizo llegar a sus manos, y Texas los estudió atentamente.

El plano marcaba bastante bien el jardín, las fachadas de la villa, parte de la planta baja, y con una cruz, señalaba una puerta en la parte posterior de la cerca, que podía quedar abierta a horas determinadas, y dos ventanas cuyas fallebas cerraban en falso y podían ser violadas una vez alcanzado el jardín.

Los criados gozaban de una libertad relativa, todo dependía de los movimientos de su señor. Los días que éste tenía sesión en el

Parlamento, podían disponer de libertad desde las cuatro hasta las siete y media, y el resto de la semana era eventual que pudiesen abandonar la villa.

El único que no solía salir, salvo algún día que gozaba de permiso para resolver asuntos particulares, era el portero. Éste poseía un pequeño pabellón en el jardín, colocado de forma que podía abarcar la entrada sin moverse de su sitio.

Algunas veces, verificaba una ronda por el jardín y por el piso bajo, pero Nino había descubierto que era un virtuoso del póker, al que sin gran esfuerzo se le podía enredar en una partida apasionada y clavarle en su pabellón durante un par de horas.

Con estos detalles, Texas decidió realizar una visita a la villa el día que Harnold comió con Belle y desde allí se dirigió al Parlamente, y para ello, cursó un aviso a Nino ordenándole que de cuatro a seis tratase de distraer al portero jugando con él a los naipes, pero, antes, debía dejar la puerta trasera de la villa en condiciones de poder penetrar por ella.

Nino cumplió lo ordenado, y a las cuatro se encontraba disputando al cancerbero una apasionada partida, en la que parecía dispuesto a jugarse la paga de un año. El resto de la guardia tenía orden de estar atenta por si surgía algún contratiempo ayudar a Texas, y, así, a las cuatro, el osado aventurero abría quedamente la puertecilla trasera que sólo se hallaba entornada, y por una de las ventanas bajas señaladas en el plano, penetraba en el interior de la villa.

Los criados se hallaban ausentes y sólo se encontraba la vieja cocinera, que ocupaba el ala derecha del edificio, donde se había instalado la cocina y sus dependencias.

Texas, sin oposición, se deslizó en el interior alcanzando el piso principal donde Harnold ocupaba la parte del centro.

Allí tenía su dormitorio, el despacho, un pequeño archivo para los papeles relacionados con su cargo, otro despacho pequeño para cuando necesitaba gente que trabajase a sus órdenes en la redacción de documentos, para tomar notas o preparar informes, y un recibidor, todo ello lujosamente amueblado.

Desdeñando de momento el resto de la casa, se dedicó febril pero metódicamente a verificar un minucioso registro en los lugares que menos parecían indicar que pudiese esconderse algo. Estaba

convencido de que Harnold, que había blasonado de lo difícil que era encontrar los ansiados documentos, no los guardaría en lugares vistos y nada complicados.

Su biblioteca le llamó la atención. Sabía que los libros solían servir para guardar papeles, disimulándolos entre varias páginas pegadas, entre la encuadernación, en lugares preparados sabiamente, y, durante una hora, repasó libro por libro toda la biblioteca, sin descubrir nada sospechoso.

La esperanza que había concebido de que allí pudieran estar, la perdió, y el corazón le dijo que su arriesgada visita iba a resultar infructuosa.

Las mesas fueron registradas atentamente, buscándoles un doble fondo, un cajón secreto, dos tableros que se unen y se disimulan, pero tampoco acusaron nada anormal. Igual sucedió con las sillas y el resto de los muebles. El dormitorio sufrió otro minucioso examen, sin resultado, tanteó las barras de la cama buscando alguna hueca que contuviese los papeles anhelados, buscó trampas por los suelos, examinó las barras de las cortinas, lugar muy socorrido para la ocultación, movió alfombras, cuadros y objetos y no dejó nada por examinar.

Pero las aseveraciones de Harnold eran ciertas. Su ingenio había ido más allí del de Texas, y éste, rabioso, se veía burlado en sus deseos.

Y, sin embargo, en algún lugar cercano, casi quemándole las manos, estaba aquella preciosa documentación que podía llevar al diputado a la horca y a muchos hombres a presidio, restableciendo la calma y la normalidad en la nación. Texas se mordía las uñas rabioso ante su impotencia y se preguntaba, torturando su imaginación, dónde podría tener oculto aquel hombre sagaz lo que para él constituía la garantía de su vida.

Abandonando las habitaciones más usadas por Harnold, visitó otras, tales como el ropero, un cuarto pequeño que el virginiano destinaba a almacenar sus útiles de caza, pesca y sport. Allí, arrinconados en las paredes y diseminados por todas partes, se veían bastones de polo y de golf, raquetas para la nieve, esquíes, cañas de pescar, sedales, botas claveteadas, ropa de pleno invierno para la nieve, pero nada factible de esconder lo que buscaba.

Ensimismado en su labor, dejó pasar el tiempo sin darse cuenta,

y se hallaba en el referido cuarto donde se almacenaban los útiles de recreo, cuando unos pasos pesados, avanzando por el pasillo, le anunciaron que se había descuidado más de la cuenta y que Harnold regresaba terminada la sesión del Parlamento.

Aquello significaba una contrariedad. Un encuentro con el diputado podía degenerar en una lucha a tiros o en una denuncia por parte del astuto Harnold, que iría sumando tantos a su favor, y no le convenía, pues, aparte de estas posibilidades, denunciaría a la secta que gozaba de libertad de movimientos y la persecución sería feroz, entorpeciendo aún más su gestión.

Se pegó a la pared, escondiéndose tras de la puerta. El cuarto obscuro de por sí, se hallaba aún más obscuro a causa de las sombras que empezaban a invadir la casa y confió en que no se descubriese su presencia y pudiese huir amparado en la noche.

El diputado pasó cerca del cuarto y se introdujo en su despacho encendiendo las luces, pero, apenas había iluminado la estancia, se quedó envarado, contemplando la mesa y cuanto había en el despacho, indicando que una gran zozobra le invadía.

Emitiendo un juramento, que Texas captaba vagamente, pulsó un timbre, y poco después acudía el portero a la llamada.

—¿Quién ha venido, Jhon?

—Nadie, señor.

—Alguien ha venido, Jhon. Alguien que ha estado en este despacho.

—Señor, le aseguro que no vino nadie.

—¿Estás seguro?

—No me he movido de mi sitio en toda la tarde, señor.

—Y sin embargo, alguien ha estado aquí Jhon. Estos cachivaches no están como yo los dejé cuando me fui. Yo sé cómo dejo las cosas. ¿Qué criados han venido?

—Aún no ha venido ninguno, señor. No tardarán; su hora es las siete y media.

—Y sin embargo, alguien ha estado registrando esta estancia, Jhon. Esto me molesta. ¿No habrán entrado esos malditos policías de servicio?

—Ninguno, señor. Han estado toda la tarde en otro pabellón, frente al mío. No les he perdido de vista.

—Y sin embargo…, Jhon… baja por tu revólver y sube. Vamos a

registrar la villa.

—¿Llamo a los policías?

—No los necesito. Nos bastamos los dos.

El teléfono del vestíbulo empezó a vibrar y el portero hizo ademán de acudir a la llamada, pero Harnold le detuvo diciendo:

—Yo lo atenderé. Haz lo que te he ordenado.

El portero descendió a su pabellón, malhumorado, por las noticias que su señor le daba, y Harnold acudió al teléfono.

Texas adivinó que era el momento adecuado para iniciar la huida. Si perdía un minuto, le cortarían la retirada libre momentáneamente.

Con pesar, abandonó la estancia, cruzó velozmente el pasillo, amparado en el trueno de voz de Harnold que hablaba por teléfono, y descendió al piso bajo por la parte contraria. La ventana permanecía entornada y, asomándose a ella, echó un vistazo al jardín.

De través, vio al portero salir de su despacho armado de revólver y dirigirse a la puerta principal. De un salto atravesó la parte descubierta, abrió la puertecilla y salió del edificio sin ser descubierto.

Malhumorado, se alejó. Adivinaba que había estado cerca de la clave y el destino se había burlado de él arrebatándosela.

Harnold terminó su conferencia telefónica. Era requerido por un compañero de escaño, el cual le invitaba a una partida de golf en su finca para dos tardes después. Harnold, preocupado, prometió contestarle al día siguiente, pues tenía que compaginar su trabajo con la diversión.

Cuando terminó, aún no había subido el portero y, Harnold, ansiosamente se dirigió al cuarto de los objetos de sport, encendiendo la luz.

Una palidez mortal cubrió su rostro al descubrir que también allí habían andado los duendes. Los trebejos almacenados no guardaban el, orden exquisito en que él los había colocado, y temblando de pánico y de rabia se abalanzó sobre un precioso bastón de golf, con puño de asta, y lo movió de un lado a otro hasta desatornillar la empuñadura.

El interior se hallaba hueco, y a la luz lo examinó, respirando con alivio. Allí, escritos en fino papel de seda, estaba toda la

documentación que Texas no había sido lo suficientemente hábil para descubrir.

Más tranquilo, volvió a dejar el bastón como estaba y salió al pasillo, cuando captó los pasos del portero. Con éste registró todo el edificio, pero no logró descubrir las huellas del misterioso visitante.

Sin embargo, lo sucedido era como un aviso providencial que no debía desdeñar. Por aquella vez, el olfato de sus enemigos había fracasado, pero si repetían la visita y afinaban un poco más sus suspicacias, quizá dieran con la clave, y tenía que evitarlo a todo trance si quería conservar su vida.

Tomando una resolución, llamó al teléfono del hotel de Zenker, poniéndose al habla con él.

—Soy yo, Lane —dijo Harnold—. ¿Algo de particular?

—Nada, señor Harnold.

—Yo sí tengo algo que decirle.

—¿Dígame, cuándo? Ahora no puedo atenderle.

Harnold comprendió que no era discreto hablar por el hilo y repuso:

—Bien; mañana nos veremos. A las tres.

—De acuerdo, hasta mañana.

Y colgó el aparato.

Harnold, acuciado por la sensación de peligro, había tomado una resolución. Sacaría los comprometedores documentos de allí y se los confiaría a su segundo. Para ello, tenía un plan magnífico que nadie podía sospechar.

Volvió a llamar al teléfono. Esta vez al domicilio de William Field, su compañero de escaño.

—Oiga, Field —dijo—, he arreglado mis asuntos y puedo acudir a esa partida de golf que me anuncia para pasado mañana, pero tengo un compromiso; mi amigo, el profesor Peack, de la Universidad de Virginia, quiere jugar conmigo un partido, ¿puedo llevarle como compañero?

—Encantado, Gregory.

—Pues pasado mañana, a las cuatro, iremos. Adiós, Field.

Ahora quedaba más tranquilo. Había encontrado la manera lógica y natural de sacar los documentos sin que nadie sospechase nada. Aunque la policía le siguiese, nada podía descubrir. Lane se llevaría el bastón con los documentos y después… que volviesen a

registrar si querían.

Texas se retiró mohíno a su domicilio, donde Born le esperaba con los nervios tremantes. Temía algún contratiempo y, por otro lado, estaba deseando darle el aviso de Belle.

Cuando le vio entrar y examinó su rostro, adivinó que había fracasado.

—¿Nada? —preguntó.

—Nada; ese pajarraco sabe hacer las cosas. Todo lo que he sacado, fue verme expuesto a ser descubierto. Por milagro pude evadirme cuando iban a registrar la casa.

—Bueno, consuélese —dijo—. Belle tiene algo importante que comunicarle.

—¿De verdad? ¿Qué es?

—Lo ignoro. No ha querido hablar.

—Es una muchacha prudente. Voy a llamarla.

Texas se puso en comunicación con Belle, y ésta le contestó:

—Le va a costar invitarme a cenar, si quiere saber algo.

—Pues a las diez la espero en «El Emporium». Ya sabe el reservado.

A la hora fijada se reunieron, y, después de cenar, cuando quedaron a solas, Belle, muy excitada, le relató la escena de alta comedia que había representado con Harnold.

Texas la escuchaba pendiente del relato. Admiraba la astucia y el dominio de nervios de la ex artista para sostener con pleno éxito aquella difícil escena.

Pero cuando llegó a descubrir el secreto del zapato, Texas dio un salto, exclamando:

—¡Bravo, Belle! Ha hecho usted un trabajo formidable. Ese detalle es enorme. Creo que va a bastar para colgarle.

—Lo difícil es despojarle de los zapatos, Texas. Nadie más que yo conoce el truco, y sería tanto como descubrirme.

—Es cierto; pero, si hemos de llegar a ese extremo, cuando lo hagamos usted estará a muchas millas de distancia y nadie sabrá dónde. ¿Le conocen en Florida?

—Supongo que no.

—Pues yo haré que le preparen una documentación falsa cambiando su nombre. De esta manera usted se evaporará como el humo hasta que barramos esa polilla.

Luego, añadió:

—Lo interesante sería descubrir dónde guarda esos documentos. Serían la llave maestra.

—Veremos qué se puede intentar.

—¡Ah! Me ha telefoneado poco antes de salir, advirtiéndome que mañana irá su secretario. Veremos si de la conversación que sostenga sale algo más útil.

—Bien; aún nos quedan algunos días de trabajo. No quiero forzar las cosas hasta el último instante. Si no encontramos otra cosa, aprovecharemos el zapato.

Y, después de acompañarla a su casa, se retiró a la suya, bastante satisfecho de la jornada.

Capítulo IX

Horas de tragedia

Poco antes de la hora de la cita, Zenker estaba ya en el domicilio de Belle, encerrado en el despachito. Muy intrigado por la llamada de Harnold, se preguntaba qué tendría que comunicarle el jefe supremo de la secta, pues él, a pesar de sus trabajos y de acuciar a la gente que tenía a sus órdenes, no había conseguido adelantar un solo paso.

Belle adivinó que la entrevista iba a poseer gran trascendencia, y aprestóse a escuchar tras el agujero. Si tenía la suerte de escuchar alguna conversación decisiva, su intervención en el asunto quedaría ultimada y podría desaparecer raudamente de Washington, antes de que «Los Hijos del Diablo» descubriesen su intervención en el asunto y pudiesen tomar represalias sobre ella.

A las tres llegó Harnold, siempre seguido de su escolta de honor. Aquello era algo que crispaba los nervios del diputado, y se preguntaba cómo podría deshacerse de los policías, pues presentía que, si las cosas se complicaban, no iba a poder intentar siquiera la huida.

Tan preocupado iba, que apenas si empleó un minuto en saludar a Belle. Hoscamente le dijo:

—Perdona, querida. Tengo algo urgente que tratar con Lane. Hay asuntos graves que precisan no perder un minuto.

—Me asustas, Gregory. ¿Acaso aumente el peligro para ti?

—Tangiblemente, no; pero… luego hablaremos.

Se dirigió al despacho, encerrándose con Zenker, en tanto que Belle se apresuraba a situarse en su ingenioso observatorio.

Zenker clavó sus fríos ojos en el diputado, y, al observar su aspecto sombrío, preguntó:

—¿Malas noticias, señor Harnold?

—No son nada buenas, aunque, por fortuna, no han tenido las trágicas consecuencias que pudieron tener si nuestros enemigos fuesen un poco más listos. Ayer han verificado un registro en mi casa mientras yo estaba en el Parlamento.

—¡Oh!… ¿Qué me dice?

—Sí, fue un registro metódico, y si lo descubrí fue porque soy hombre que vive muy alerta. Cuando salgo, sé en el sitio exacto dónde dejo cada cosa. Algunas las coloco de forma que me sirvan de guía, y, apenas regresé, pude observar que muchas habían variado de sitio, aunque de modo imperceptible.

—¿Le faltó algo?

—Nada absolutamente. El que realizó la hábil maniobra sólo buscaba documentos, que, por fortuna, no pudo encontrar, aunque los tuvo al alcance de su mano.

Zenker rechinó los dientes, mientras decía:

—Ya le advertí que era muy peligroso que continuasen allí. Texas es muy listo.

—Lo es. Estoy seguro de que ha encontrado la forma de abandonar su refugio y anda suelto. Él y no otro ha sido quien se filtró en mi casa.

—¿Cómo?

—No lo he podido averiguar. Quizá con la complicidad de los policías, aunque mi portero, que es hombre fiel, jura que no se apartó de su pabellón y no vio entrar a nadie en el interior… No sé cómo…

—Eso es grave. Puede repetir el intento y…

Zenker estaba ya en el domicilio de Belle.



—No se repetirá; pero, si se repite, será en vano. Ya he encontrado la forma de sacar los documentos sin que nadie pueda sospechar nada.

—¡Magnífico!… ¿Cómo?

—¿Usted sabe jugar al golf?

—Bastante aceptablemente.

—Pues, resuelto. Mañana, a las cuatro, estoy comprometido a jugar un rato con mi compañero de escaño William Field. Le he pedido permiso para llevar un compañero que juegue conmigo, y accedió encantado. Ese compañero será usted.

—Bien; ¿eso qué tiene que ver…?

—Mucho, Lane. Antes, irá usted a los almacenes Pick y adquirirá material para jugar al golf. Entre éste, verá que venden unos bastones con el mango de asta de búfalo, muy bonitos. Adquirirá uno de ese tipo y lo meterá en su cesta. A las cuatro en punto, pasaré por su hotel a recogerle para llevarle allí.

—¡No! No es conveniente que lo haga. Podrían sospechar. Dígame dónde es, y yo me presentaré en su nombre.

—Sí, tiene usted razón. Siguiendo la orilla derecha del río, verá usted una villa con los tejados de pizarra muy inclinados y cuatro torres en los cuatro ángulos. Ese es el hotel.

—Bien; eso quiere decir…

—Que los documentos están ocultos en el hueco del bastón. En el campo, durante el partido, yo dejaré el bastón en tierra con cualquier pretexto, y usted lo recoge y luego me lo entrega, pero después de haberlo cambiado por el suyo. Usted se lleva los documentos y nadie se da cuenta del cambio.

—¡Magnífico, señor Harnold! —exclamó Zenker—. Esos documentos en su poder eran mi pesadilla. Yo los conservaré durante un par de días para repasarlos, por si necesito estar impuesto de su contenido. Nadie sabe lo que puede suceder, y en cualquier momento podría necesitar convocar una reunión magna o intentar algo desesperado si las cosas se pusiesen graves, aunque quiero suponer que no. Mientras el Gobierno no pueda poseer algo tangible contra usted, nada puede intentar, y sí, pasado el plazo marcado que se está terminando, no puede acusarle concretamente, tendrán que irse fracasados y el peligro habrá desaparecido.

—Si no intentan algo personal contra mí.

—En el momento que se cumpla la fecha, usted sale de viaje para Virginia a descansar. Allí habrá cientos de fieles que le encerrarán en un cerco imposible de romper.

—Es una idea, Lane. Necesito descansar. Tengo que preocuparme de mandar arreglar mi hacienda de Virginia. Pienso llevarme durante el descanso a Belle.

—Hace usted mal. Las mujeres son siempre un estorbo y un peligro.

—Pero no Belle. Pertenece a nuestra secta.

Zenker le miró asombrado.

—¡Qué me dice!

—Sí. Yo lo ignoraba. Claro es que no es posible conocer a todos los afiliados que tenemos, y ella, por temor, no me lo había dicho, por creer que yo era el enemigo acérrimo de la secta que muchos creen; pero, de un modo incidental, registrando un dije que posee, descubrí su contraseña, junto con el retrato de su padre, que fue oficial sudista y le fusilaron los del Norte. La infeliz se llevó un susto de muerte cuando me cogió con el dije en la mano, y tuve que tranquilizarla contándole la verdad. Ahora, es más apasionada que nunca y está dispuesta a ayudarnos en todo. Por cierto que había pensado en emplearla como cebo para atraer a Texas y…

—¡No!… No mezclemos a las mujeres en torno a Texas. Es más listo que usted supone, y acaso todo se viniese a tierra… Sí que es coincidencia… ¿Pertenece a este sector?

—Sí. Su contraseña tiene el signo de Washington.

—¿Lleva mucho tiempo afiliada?

—Debe llevar bastante. Me habló de algunos servicios prestados al «Ku-Klux-Klan».

—¿Recuerda usted el número de su contraseña?

—Sí. Es el 1698 W.

—Bien; puesto que las listas están en el bastón, echaré un vistazo para saber la fecha de su ingreso. Simple curiosidad.

—Entonces, quedamos en eso, ¿no es así?

—Sí; mañana a las cuatro yo estaré en la villa de Field con todos los útiles de golf. Allí haremos el cambio. Mientras, voy a ver si movilizo toda nuestra gente para localizar el rastro de Texas. Es indudable que ha conseguido burlar a nuestros espías y salir del despacho del secretario. Daría diez años de vida por saber en este momento dónde se mueve.

—Y yo. Es el mayor peligro que nos amenaza.

—Bien; conviene no perder el tiempo. Márchese para que yo pueda salir. El tiempo vuela.

Cuando abandonaron el despacho, Harnold encontró a Belle en su tocador arreglándose. La ex artista aparecía con la cara

embadurnada de cremas y polvos que le daban el aspecto de una máscara, pero aquello era estudiado para ocultar su palidez y nerviosismo. Había escuchado toda la conversación, sabía ahora dónde estaban los codiciados documentos, pero adivinaba que un peligro de muerte se cernía sobre ella. Zenker había lanzado la insinuación de mirar su filiación a la secta, y en cuanto lo hiciera se descubriría el subterfugio, poniéndola en un grave peligro.

Para ocultar su angustia había apelado al tocador, y ardía en deseos de que ambos abandonasen la casa, para ponerse al habla con Texas y solicitar su poderosa protección.

—¿Qué haces, Belle? —preguntó Harnold desde la puerta.

—¡Oh, querido! Me estoy arreglando para ir a ver a mi amiga y entregarle el regalo. Creí que te entretendrías más… ¿No te quedas?

—Hoy no puedo, Belle. Tengo mucho que hacer; mañana quizá tampoco pueda venir, pues me he comprometido a jugar una partida de golf con un compañero de escaño; pero pasado mañana, antes de ir al Parlamento, vendré a comer.

—¡Ah!… Creo que debes ir seleccionando tu equipaje. Tengo decidido ir a pasar un par de meses a mis posesiones de Virginia, y quizá te encante acompañarme.

—¡Pues claro! Eso sería ideal, Gregory. ¡Sería… una nueva luna de miel!

—Pues no olvides hacerlo. Adiós, querida.

—Perdona que no te dé un beso de alegría, pero estoy hecha una facha. Te lo debo con réditos.

Harnold abandonó la casa, y diez minutos después Zenker hacía lo propio. Estaba muy contento con la decisión adoptada por el jefe. Si a éste le sucedía algo, nadie se encontraría en condiciones de asumir la jefatura de la secta como él. Aquella preciosa documentación sería un talismán, y, convertido en jefe, ¡sería el dueño del mundo!

Cuando Belle se consideró libre del peligro de la presencia de Harnold y su terrible auxiliar, se agarró febril al teléfono y llamó al domicilio de Texas.

Éste no se encontraba allí, pero sí Born.

—¿Qué sucede, Belle? —preguntó el agente—. Parece usted muy nerviosa.

—Y lo estoy, Born. La cosa no es para menos. Tengo noticias

grandes y noticias terribles. Búsqueme a Jim debajo de la tierra y dígale que me espere en «El Emporium» a las nueve. Que no venga a casa, porque es fácil que no regrese más a ella.

Y, colgando el aparato, dejó a Born sumido en la más viva inquietud.

Una hora más tarde aparecía Jim, a quien dio cuenta de su conversación con Belle. Texas adivinó que estaban llegando al principio del fin, y comentó, rápido:

—Algo empieza a resquebrajarse, Born. La amenaza de esa mujer de no volver a su casa, es un aviso de peligro. Con tal de que no haya cometido alguna imprudencia…

—Dice que tiene noticias grandes que dar.

—Ya veremos. Estas horas que faltan van a ser un suplicio horrible para mí.

A las nueve se encontraba en el restaurante, donde, nervioso como jamás lo había estado, esperaba a Belle con desesperación.

Ya tenía pedido el menú ligero para no perder tiempo, y así, cuando se encontraron en situación de hablar, Jim preguntó:

—¿Qué novedades son ésas, Belle? He vivido hoy en seis horas media docena de años.

—Yo estoy viviendo una eternidad al pensar en el peligro que me amenaza. Texas, ha llegado la hora de que vele usted por mí intensamente.

—No se preocupe. Sabré hacerlo.

—Pues bien; a cambio, le diré que ya sé dónde tiene Gregory escondidos esos documentos.

—¡Bravo! —exclamó Texas, radiante de alegría—. ¿Dónde?

—En el hueco de uno de los bastones de golf que emplea para jugar.

—¡Maldición! —rugió Texas—. ¡Y pensar que los tuve en la mano, sin sospecharlo!

—Eso le ha dicho a Lane; por eso, mañana por la tarde, los va a sacar de su casa.

—¿Cómo?

Belle contó todo lo que había oído, y Texas, cuando ella concluyó de hablar, exclamó:

—¡Soberbio! Voy a dejar que se los entregue a ese sapo de Lane. Así le cazaré a él con los documentos, y caerán dos pájaros de un

tiro. Pasado mañana se celebrará la sesión, y el Gobierno se apuntará el triunfo más grande de su carrera política… ¡Qué de trabajo nos espera en pocas horas!

—Bien; pero ¿y yo? Cuando ese hombre tenga la documentación en su poder, descubrirá que yo no pertenezco a la organización, y…

—No se preocupe, Belle. Cuando lo descubra… ya nada tendrá que hacer. Esto no puede suceder hasta mañana por la tarde, y mañana por la tarde estará usted camino de Florida con un precioso cheque en el bolsillo por valor de medio millón de dólares.

—¿Me lo garantiza usted?

—Texas no engaña jamás a nadie. Ahora, no se preocupe. Siga en su casa por si acaso, y yo haré que todo se lo tengan arreglado para el momento justo. No conviene que desaparezca usted antes de tiempo, por si surge algo.

—¡Tengo mucho miedo!

—Deséchelo. Desde este momento, ese sapo de las barbas postizas tendrá una escolta a su lado que no le dejará moverse más que para lo que nos convenga. Necesito que se apodere del bastón, para arrebatárselo inmediatamente. Después, la cuerda que se está tejiendo para el cuello de Harnold, será la misma que se teja para el suyo. Hemos jugado la partida más grande de toda mi vida. Hasta ahora, he resuelto muchos asuntos con las armas en la mano, pero éste demuestra que no siempre las armas triunfan, pues algunas veces el ingenio es más poderoso y de más peligro que el contenido de un «Colt».

* * *

Al siguiente día, como Harnold tenía proyectado, se jugó la partida de golf en la finca de Field, y Zenker actuó con Harnold, demostrando ser un excelente jugador.

Durante la partida Harnold dejó en tierra su bastón para examinar los hoyos y estudiar una jugada difícil. Zenker levantó el palo y lo retuvo, pero cuando se lo entregó le había dado el cambiazo con tanto disimulo, que nadie se dio cuenta de ello.

Terminada la partida, Harnold se quedó aún un rato en compañía de su amigo, mientras Zenker desaparecía de allí para no llamar la atención, y cuándo el diputado salió, ya Zenker se hallaba

encerrado en el cuarto de su hotel, examinando los preciosos documentos.

El bastón, completamente hueco, encerraba varios rollos de finísimo papel, con datos inestimables. Los grandes jefes estaban relacionados minuciosamente, indicando sus señas y actividades mundanas. Había bocetos de grandes planes para estudiar, y llevar a la práctica, indicaciones de quiénes conservaban las listas de afiliados según las zonas en que estaba dividida la secta, y, por último, una relación con los afiliados del sector Norte, en el que entraba Washington.

Zenker, febril, lo examinaba todo con profunda atención, y cuando tuvo la lista en sus manos recordó la filiación de Belle y quiso comprobarla, pero al llegar al número indicado se sintió defraudado. Aquél correspondía a un tejedor de un pueblo de Maryland, que nada tenía que ver con Belle.

Por un momento pensó que Harnold se había equivocado al darle el número, y repasó la lista de arriba abajo, sin encontrar el nombre de Belle. Esto le obligó a dar un salto nervioso, y con rabia tomó el auricular del teléfono, dispuesto a llamar al diputado y darle cuenta del descubrimiento.

Su instinto le advertía que estaban siendo objeto de una traición, y, aterrado ante la perspectiva de que así pudiese ser, quería advertir a Harnold a toda costa.

Pero su rabia se vio aumentada al observar que el aparato no funcionaba. En aquella época, el teléfono, aún imperfecto, solía sufrir averías continuamente.

Exaltado, recogió los papeles, los guardó en el hueco del bastón, atornillando éste, y decidió bajar al recibidor para hablar desde el aparato central, pero también se vio defraudado. Existía una avería en la línea y ningún aparato funcionaba en el hotel.

Pero los diez minutos que había perdido en el intento decidieron el rumbo de su vida. Mientras Zenker había estado examinando los papeles, alguien oculto en la habitación contigua seguía sus movimientos a través de un agujero practicado en el tabique, precisamente en la roseta que servía de adorno al friso, y cuando Zenker salió para bajar a la planta inferior a tratar de emplear el teléfono de allí, el curioso vecino salió rápidamente al pasillo, abrió la puerta con una llave falsa que tenía preparada y, tomando el

bastón que encerraba los documentos, dejó otro igual en su lugar, desapareciendo rápidamente.

Todo fue cuestión de tres minutos, y así, cuando Zenker, furioso, volvió a su departamento, el cambio se había verificado, y el escamoteador, con el bastón oculto debajo de su ropa, abandonaba el hotel tranquilamente.

Zenker regresó con los nervios en tensión. Algo flotaba imperceptiblemente en torno a él, amenazando con la muerte, y, asustado por primera vez en su vida, sólo pensó en huir.

Como un lobo acorralado, miró en torno suyo sin descubrir nada anormal, y, aferrando de nuevo el bastón, se preguntó dónde escondería aquel tesoro inestimable. La avería del teléfono le parecía cosa preparada para evitar que nadie se comunicase con Harnold, y debía intentarlo por otro teléfono. Tenía que aclarar lo de Belle, y, si no lo lograba, significaría que ésta les había traicionado.

No quería dejar el bastón allí, pero no podía salir a la calle con él para no llamar la atención. Optó por sacar los documentos y guardarlos sobre su persona.

Pero al destornillar de nuevo el adminículo y descubrir que éste estaba vacío, un rugido inhumano se escapó de su pecho. Loco de furor, empuñó el revólver y miró a todas partes, aterrado, buscando el invisible peligro.

Sus ojos de halcón registraron la habitación hasta posarse sobre la roseta. Al acercarse, descubrió el agujero, y, en un impulso salvaje, salió al pasillo y empujó brutalmente la puerta, creyendo descubrir allí emboscado al ladrón.

Pero la estancia se hallaba vacía, y una angustia imponderable se apoderó de él. Ahora sabía que todo se había descubierto y adivinaba que le estaban encerrando en los agudos dientes de una trampa que le llevaría a la horca.

Obsesionado por huir, trató de serenarse, y, por fin, sigilosamente, se deslizó por los pasillos y alcanzó la puerta del servicio, con el revólver escondido en la manga.

Si le salían al paso, se abriría camino a tiros o moriría matando, pero nada sospechoso descubrió.

Creyendo haberse adelantado a sus enemigos, corrió calle arriba. Tenía que desaparecer, pero antes… ¡antes Belle pagaría cara su

traición!

Capítulo Último

El estallido final

COMO los acontecimientos se precipitaban trágicamente, tanto Texas como Born y el secretario de Estado estudiaron un plan conjunto y minucioso que les permitiese dar un golpe espectacular y no abandonar ningún cabo suelto a la hora de dejar caer la mano.

Born fue el encargado de sustraer el bastón con los documentos. Se había conminado al dueño del hotel, advirtiéndole la clase de huésped que tenía, y con su cooperación se ocupó el cuarto vecino al de Zenker y se interrumpió la línea del teléfono para que no pudiese comunicar con Harnold.

Respecto a Belle, Texas la había hecho salir de su domicilio, poniéndola en el tren, camino de Florida. Fiel a su promesa, se le había entregado la cantidad ofrecida, más una buena gratificación, pero no se había advertido a la doncella sobre su salida. Únicamente se le dijo que Belle iba a asistir a una boda y tardaría un par de días aún en regresar. De esta forma, no se provocaba sospecha o indiscreción alguna.

A Nino se le había dado orden de procurar dar un cambiazo al zapato de Harnold. Esto era muy difícil si el diputado no acostumbraba a variar de calzado; pero, si así lo hacía, debía

apoderarse de él y remitirlo rápidamente al despacho de Snock.

Como final, inmediatamente que se recuperasen los documentos de manos de Zenker, había preparado un amplio servicio policíaco y órdenes redactadas en clave para proceder a la detención simultánea de todos los jefes que figurasen en aquellos preciosos papeles. Con ello se daría un golpe de muerte a la secta y se evitaría una reacción desesperada para salvar a Harnold o vengar su caída.

Los alrededores del hotel donde Zenker se hospedaba tenían montada una guardia especial para seguir todos sus movimientos, e igual, se había hecho cerca del domicilio de Belle. Texas conocía bien a su sanguinario rival, y estaba seguro de que cuando se supiese descubierto y adivinase de qué lado había partido la traición, su temperamento impulsivo le movería a vengar la derrota en la artista.

Montado este artilugio, no quedaba más que esperar la sesión del siguiente día. Cortada la comunicación telefónica con el hotel, Harnold no podría ponerse al habla con Zenker, y así, ignorante de la tragedia que le amenazaba, iría al siguiente día al Parlamento, bien ajeno a que sólo saldría de él amarrado y entre la policía.

Zenker, destilando hiel por todos los poros, dio infinidad de vueltas y apeló a los más sutiles trucos para despistar a sus vigilantes, si los tenía a la zaga, con objeto de poder alcanzar la casa de Belle sin ser detenido, y dos horas más tarde, cansado y rabioso, seguro de que nadie sería capaz de haberle seguido, llegó al domicilio de la ex artista.

Antes de penetrar en él, recorrió la calle en diversos sentidos para cerciorarse de que no estaba vigilada. Sería absurdo meterse en una trampa, cuando, al parecer, había burlado la red en que trataban de aprisionarle.

No descubrió nada, porque no podía descubrirlo.

Los, espías estaban escondidos tras las ventanas de las casas fronterizas, ocultos a su vista, y así la calle no presentaba ningún aspecto sospechoso.

Zenker, animado de la más virulenta rabia de venganza, penetró en el edificio y subió al piso. No sabía qué iba a suceder allí, pero estaba dispuesto a correr cualquier riesgo con tal de no dejar sin castigo a la traidora.

Pulsó el timbre lleno de ansiedad, y unos pasos le anunciaron

que alguien se acercaba. El revólver fue aprisionado nerviosamente por sus dedos, y esperó.

La doncella salió a recibirle.

—La señora no está —dijo la muchacha al reconocerle.

Él la empujó brutalmente hacia el interior y cerró la puerta.

—¿Que no está? ¡Vuélvase de espaldas!

La muchacha, aterrorizada al verle exhibir el revólver, obedeció. Zenker la ató reciamente con el cordón de un portier, y luego le tapó la boca con un pañuelo. Fué una tarea rápida y silenciosa que duró tres minutos.

Sabía que Belle no poseía más servidumbre. Ahora quedaba dueño de la casa y vería si le habían dicho la verdad o no.

Cautamente al principio y rabiosamente después, se dedicó a registrar todo el piso, sin descubrir a Belle. En efecto, ésta se hallaba ausente; pero como todo se encontraba en orden y no faltaba nada, estaba seguro de que, más tarde o más temprano, regresaría, bien ajena a la suerte que le esperaba.

Arrastró a la asustada doncella a una habitación interior y se dispuso a esperar. Él sería quien recibiese a la artista y quien daría fin a sus días antes de verse obligado a huir vergonzosamente derrotado por su causa.

Llevaba un cuarto de hora esperando, cuando el timbre de la entrada vibró enérgicamente. Zenker sonrió de modo siniestro, y con el revólver empuñado se acercó de puntillas a la puerta, echando una furtiva mirada a través de la mirilla.

Pero súbitamente perdió el color. En lugar de Belle, ocho robustos policías con los revólveres empuñados esperaban en el pasillo. Zenker comprendió que todo había sido una trampa hábilmente preparada para cogerle dentro de aquella ratonera, y un rugido de desesperación se estranguló en su garganta.

Rabioso retrocedió, y como un loco se internó por las habitaciones buscando la forma de escapar. Era difícil, pues la escalera estaba cortada y la calle estaría rodeada de policías; pero tenía que luchar hasta el último límite para defender su vida.

Dos de las habitaciones del fondo daban a una pequeña terraza. Zenker se asomó ansioso y echó un vistazo hacia abajo y a los lados. En la sombra azul de la noche de luna, descubrió la recta línea de las fachadas de las casas contiguas y el saliente tinglado de hierro

de las escaleras para casos de incendio. Quizá todo estuviese vigilado, pero sólo apurando aquella posibilidad podía intentar salvarse.

Saltó la balaustrada y se aferró a la escalerilla volada, descendiendo por ella. Dos pisos por debajo, las terrazas se corrían más a la derecha, y ganó una de ellas para alejarse de la casa de Belle a la contigua.

Cuando llegó al borde de la terraza, observó que podía ganar otra cercana arriesgándose a dar un salto un poco peligroso, pero la situación no le permitía dudar. Elásticamente saltó, ganando la otra terraza. Descendió por la escalerilla de incendio, y, debajo, observó que había un patio húmedo, en el que se apilaban bastantes cajones y barriles.

Debía pertenecer a alguna taberna o bar. Saltó, escondiéndose tras los cajones. Poco después sintió pisadas, y amartilló el revólver, pero desde su escondite observó que varios individuos penetraban en un pequeño cobertizo destinado, según pudo observar, a guardarropía. Esto podía ayudarle a resolver la situación.

Rápidamente empezó a transformarse. Había pensado muchas veces en la necesidad de tener que hacerlo, y estaba preparado para ello.

Se arrancó la barba y la peluca, y las escondió entre la leña. Las gafas azules fueron substituidas por unos lentes de cristales dobles con montura de concha. Su chaqueta negra, vuelta del revés, se convertía en una gris, y, desaparecidos los botines, que también escondió, los zapatos parecían ser otros.

Del pecho extrajo una gorra de ancha visera, que se caló tapándose a medias los ojos, y la transformación sufrida fue tal, que resultaba dificilísimo reconocerle.

Satisfecho saltó cruzando el patio y pasó al vestuario. Poco después, dos individuos más penetraban, y Zenker se entretuvo para salir al tiempo que ellos.

Por un pasillo salieron al bar, amplio y atestado de público. Nadie había fijado su atención en él, y Zenker, con la garganta reseca, pidió una jarra de cerveza, que apuró de un sorbo.

Luego atascó su pipa, y cuando tres clientes abandonaban el establecimiento, se aventuró a salir confundido con ellos.

Ya en la calle, echó un vistazo furtivo a lo largo de ella. Varias

casas más abajo, observó algunos bultos que se paseaban. Alguien cruzó a su lado mirándole de través pero Zenker fingió no darse cuenta, y siguió caminando despacio, hasta doblar por una calle transversal, y, ya en ella, apretó el paso, ansioso de poner mucha tierra por medio.

De momento había burlado la persecución, pero no debía sentirse muy alegre por ello. Adivinaba que el lujo policial se habría desarrollado en gran escala, y que, no tardando mucho, un cordón sanitario circundaría la población, buscándole. Tenía que darse prisa a salir de Washington antes que el círculo se cerrase.

Se encaminó directamente a la estación, pero en lugar de buscar el andén se corrió a lo largo de la vía. Ya no debía ser hora de salida de trenes de viajeros, pero, aunque lo fuese, no podía arriesgarse a montar en uno por si estaban ya vigilados. Esperó. Varios convoyes de mercancías maniobraban yendo y viniendo; por fin, uno arrancó, y Zenker corrió a su lado hasta afianzar un pasamano y poder ascender a un vagón cargado de sacos de maíz y avena.

Se escondió entre ellos y no respiró a gusto hasta que se vio bordeando el río, lejos del perímetro de la ciudad. Entonces elevó el puño amenazándola, al tiempo que rugió, a tono con el sordo traqueteo del tren:

—¡Me las pagarás, Texas, me las pagarás, tan cierto como iré a parar al Infierno de cabeza! Tú has truncado mis ilusiones de verme convertido en un poder omnipotente al amparo de «Los Hijos del Diablo». Presiento que éstos van a ser aniquilados y que han de tardar mucho en resurgir; pero no sonrías ante ese triunfo. No todas las sectas se han terminado. Al Oeste hay otra tan poderosa que os odia a muerte. En Utah quedan los mormones y al frente de ellos un hombre sagaz y ambicioso que sueña con convertirse en un reyezuelo. Yo alimentaré sus sueños y le obligaré a mover a los mormones a mi antojo. No tardando mucho, volverás a tener noticias mías, y esta vez confío en que sean las definitivas para ti.

* * *

Al siguiente día, Harnold se levantó muy nervioso y malhumorado. Había pasado una noche molesta, poblada de

pesadillas trágicas, y estos sueños contribuyeron a agriar su carácter.

Nada sabía de los emocionantes sucesos de la noche anterior. La falta de comunicación con Zenker le privó de ponerse en guardia, y solamente por presentimientos se hallaba molesto.

Le tranquilizaba, en parte, saberse libre de los comprometedores papeles. Tenía absoluta confianza en la lealtad de su auxiliar y le creía un hombre de una sagacidad extraordinaria.

Se hallaba acicalándose para estar preparado mediado el día, cuando fue llamado al teléfono. Un poco cohibido acudió al aparato, y respiró al reconocer la voz de la doncella de Belle.

Ésta, que había sido liberada de sus ligaduras la noche anterior y reconfortada por la intervención de Born, tenía una papeleta aprendida que debía transmitir al diputado, para que éste no acudiese a la casa a la hora de la comida, como había prometido.

—Señor Harnold —dijo la doncella—, la señorita Belle me envía un recado para que se lo transmita. Esta mañana ha ido a la boda de su amiga y le han obligado a quedarse a comer. Dice que lo siente, pero que no se podía negar, pues se han quedado todas las antiguas compañeras de la novia. Le ruega que le perdone, y dice que a las siete estará de vuelta.

—Bien, gracias.

Colgó el aparato y no se preocupó gran cosa. Casi se alegraba, pues no tenía el ánimo para escenas de amor.

Ya arreglado, se hizo servir la comida, e impaciente por no tener noticia alguna del falso Lane, se decidió a llamarle por teléfono. La voz del fondista le contestó que había salido a comer fuera y que había dejado recado de que después iría al Parlamento a asistir a la sesión.

—Bien —murmuró—, le veré allí. El momento es grave y no quiere perderme de vista. Es hombre que hará carrera…

Terminó de comer cerca de las tres, tomó café, se fumó un gran cigarro y se sintió más optimista.

Estaba seguro de que, pese a todas las promesas, el Gobierno no podría aportar ningún dato acusatorio. Se vería cogido en una trampa, y seguramente solicitaría alguna prórroga, alegando que los trabajos eran difíciles, pero que iban por buen camino.

Si así era, estaba dispuesto a extremar su audacia acosándoles

fieramente. O le acusaban sin pruebas y provocaría un grave escándalo, o les acorralaría forzando un nuevo voto de confianza que les sería adverso.

Se despojó de las zapatillas para calzarse, y al tomar sus célebres zapatos estuvo tentado de no ponérselos esta vez, dejándoles en el armario por si acaso, pero el recuerdo del registro le hizo desistir. Un zapato era una prenda de la que no se le podía despojar a nadie sin darse cuenta.

Se vistió y salió al jardín en busca del coche.

Nino, que formaba parte de la guardia, le miró con disimulo a los pies, y descubrió que llevaba puestos sus célebres zapatos color corinto. Nada podía hacer para escamotearlos, pero debía telefonear a Texas notificándoselo.

Harnold montó en su coche, y el de la policía siguió tras él como una sombra.

Cuando penetró en el Parlamento, la concurrencia era extraordinaria. Ni un solo diputado faltaba a su escaño, y la tribuna pública se hallaba atestada de gente.

Por los alrededores se observaba una gran afluencia de público que no había podido penetrar, pero también un inusitado lujo de fuerzas para evitar cualquier desmán o manifestación.

Harnold, altivo y sonriente, ocultando sus íntimas preocupaciones, penetró en el salón. Varios miembros del Gobierno se encontraban en sus escaños, y el virginiano creyó observar en sus semblantes honda preocupación.

—Se preparan para asistir a su propio entierro —murmuró.

A las cuatro y quince dio comienzo la sesión. Un diputado tenía pedida la palabra para interpelar al Gobierno sobre ciertos sucesos obscuros desarrollados en Utah con los mormones, y el Gobierno le concedió la palabra. Harnold se apresuró a gritar:

—Pido perdón a la Cámara, pero rogaría que ésta acordase antes tratar de los sucesos desarrollados hace una semana en Virginia. Comprendo que el asunto de los mormones es grave, pero es más grave aún el del «Ku-Klux-Klan»; y si el Gobierno, como prometió, no puede darnos ninguna noticia grata, mucho me temo que ese asunto de Brigham Young acabe de ahogarle.

Hubo algunas risas, y alguien gritó:



—¡Sí, sí!… Que hable el Gobierno sobre ese asunto… Nos lo prometió, y no debe escamotearlo.

El mismo ministro que la vez anterior había solicitado el aplazamiento, se levantó en su escaño. Un silencio angustioso se produjo en la sala, y el ministro, después de un momento de duda, exclamó:

—Señores diputados, el Gobierno hizo una promesa que está dispuesto a cumplir, puesto que se le requiere para ello. Jamás hemos pretendido escamotear un asunto de tanta envergadura, y sí precavernos para evitar que quienes poseen tanto poder entorpeciesen nuestra labor e incluso provocasen una revuelta que podía constituir un conato de sublevación.

»Por fortuna, el voto de confianza que el Parlamento nos otorgó nos ha servido de mucho; de tanto nos ha servido, que puedo anunciar satisfecho a la Cámara que en este momento todas las cabezas visibles de la sanguinaria secta, menos tres, están a buen recaudo.

La afirmación produjo un escalofrío en la medula de los

diputados. Asegurar que todos los jefes estaban presos, aunque sólo faltasen tres, era un triunfo tremendo y una labor de titanes descubrir aquellas cabezas visibles, pero ocultas en el más absoluto anónimo.

Harnold tuvo un momento de terrible pánico, pero, creyendo que era un bluff, exclamó, irónico:

—¿Puede el Gobierno darnos los nombres y el número de jefes que dice haber detenido? ¿Cuántos son? ¿Media docena?

—Son seiscientos y pico, señor Harnold… ¿No lo sabía su señoría?

—¿Por qué lo había de saber yo?

—Por muchas razones… Como digo, están todos menos tres, entre ellos el jefe supremo, y si ya no han sido detenidos no fue por ignorar quiénes eran, ni dónde estaban, sino porque su condición social les hace inmunes mientras la Cámara no acuerde proceder a detenerlos, ya que los tres pertenecen a ella.

La aseveración produjo un escándalo terrible, y cientos de voces gritaron:

—¡Que se digan sus nombres! ¡Esto es inicuo!

—Se dirán. Uno, es el señor Albert Lee, diputado por Alabama; el otro es Freddy Lodge, diputado por Carolina del Norte, y el otro, el gran jefe de la secta, el responsable de todos los crímenes llevados a término por «Los Hijos del Diablo», es el señor Gregory Harnold.

El escándalo fue terrible. Los acusados, de pie en sus escaños, protestaban rojos de indignación. Harnold no sabía si intentar una huida desesperada o mostrarse cínico, pero, comprendiendo que la única posibilidad era apelar a la ironía, rugió:

—¡Señor ministro! Es muy espectacular acusar a la gente; hace tiempo, no sé por qué causa, he observado que se han insinuado sospechas absurdas sobre mí, que ahora alcanzan a otros compañeros honorables de escaño; pero lo que hacen falta son pruebas… ¿Dónde están?

El ministro se inclinó, y, tomando un bastón de golf que tenía escondido, afirmó:

—Aquí, señor Harnold. ¿No lo sabía usted?

Harnold perdió el color al descubrir el bastón. De golpe, parecía adivinar toda la verdad. Sus enemigos, ignoraba por qué diabólicos

procedimientos, habían descubierto a su auxiliar, arrebatándole el maldito bastón.

Alguien rió ante la prueba, pero el ministro, imponiendo silencio, gritó:

—No se ría el señor diputado. Están aquí dentro, como voy a demostrar. Este bastón pertenece al señor Harnold, y dentro de él está toda la documentación secreta que ha servido para desenmascarar a los dirigentes de la secta, entre ellos al propio jefe. Los señores diputados pueden leer las listas de jefes, los planes, las órdenes secretas y muchos detalles más.

—¡Falso! —gritó Harnold, próximo a sufrir una congestión—. ¡Eso es inventado!

—¿Así lo cree su señoría?

—Demuéstreseme que es auténtico. Cualquiera puede falsificar papeles para perder a un hombre honrado.

—En ese caso, ofreceré una prueba más definitiva a la Cámara. Que despojen al señor Harnold de su zapato derecho, que levanten la tapa del tacón y encontrarán dentro de un hueco muy hábil su contraseña de gran jefe de la secta. No irá a decir el señor Harnold que nosotros la hemos introducido en una prenda tan personal.

Harnold lanzó un rugido de desesperación, y de un salto fantástico pretendió abandonar el salón para huir.

Rápidamente, una docena de forzudos policías que estaban colocados en lugares estratégicos para impedirlo, saltaron sobre él, entablándose una lucha feroz. Harnold era un hombre fuerte, cuyas fuerzas centuplicaba la desesperación, y su defensa era trágica.

En un momento que pudo librarse del terrible abrazo de los agentes sacó un revólver y pretendió aplicárselo a la cabeza, pero fue desarmado antes de conseguirlo, y, por fin, tras titánica lucha, reducido a la impotencia.

También los dos diputados acusados habían sido apresados por sus propios compañeros. Los acusados más débiles no tuvieron fuerzas para negar la acusación.

Los detenidos fueron sacados del salón protegidos por la policía, pues los querían linchar allí mismo, y cuando se restableció la calma una ovación delirante premió el trabajo del Gobierno.

El ministro, reclamando silencio, dijo, emocionado:

—Mucho agradecemos tales manifestaciones de agasajo, pero

queremos advertir que el milagro no es nuestro. Todo se lo debemos a un hombre bravo entre los bravos, sagaz, astuto, dinámico y arrojado, y a sus auxiliares. Ese hombre, de todos, conocido, que ya ha prestado valiosos servicios a la Nación, es el capitán Jim Texas, que se esconde modestamente en la tribuna.

Todos se volvieron hacia la tribuna, ovacionando a Texas, que pretendía evadirse de aquel homenaje. Pronto el público reaccionó, arrojándose sobre él sacándole en hombros a la calla, donde la policía daba cargas para despejar la avenida, a la que el público afluía cada vez más compacto, atraído por la noticia.

Protegidos por la policía, hubo que refugiarlos en la Casa Blanca, donde, por fin, se vieron libres de la efusividad de la gente.

El Gobierno en pleno felicitaba a los héroes de la jornada, y Texas, melancólico, comentó:

—Lo que siento es que se nos ha escurrido de las manos un cerebro prodigioso para el mal. Oliverio Zenker está libre, y mientras él esté en libertad, la traición, el dolor y el expolio echarán nuevas raíces.

—Le buscaremos por toda América —dijo Snock.

—Y no le encontraremos hasta que surja algo terrible y espectacular, digno de su genio. Es el propio Lucifer en persona.

Al siguiente día, Texas se dispuso a regresar al rancho.

Un telegrama le advertía que Stella se hallaba próxima a ser madre, y ardía en deseos de llegar a tiempo.

Dirigiéndose a Born, dijo:

—Véngase conmigo, Born. Bien se ha ganado usted un descanso. Allí estará bien, y… quién sabe si aún tendremos que trabajar juntos. Me da el corazón que esto no ha concluido aún.

—Gracias, Texas. Le acompañaré. Me agradará ser padrino de un nuevo Jim Texas.

—Pues, adelante. Queda aceptado el ofrecimiento.





Fidel Prado Duque. Nació en Madrid el 14 de marzo de 1891 y falleció el 17 de agosto de 1970. Fue muy conocido también por su seudónimo F. P. Duke con el que firmó su colaboración en la colección Servicio Secreto.

Autor de letras de cuplés, una de las cuales alcanzó enorme relevancia: El novio de la muerte, cantada por la célebre Lola Montes, impresionó tanta a los mandos militares que, una vez transformada su música y ritmo fue usada como himno de la legión. Fue periodista y tenía una columna en El Heraldo de Madrid titulada «Calendario de Talia»; biógrafo, guionista de historietas y escritor de novela popular, recaló como novelista a destajo en la «novela de a duro».